

En marzo de 2001, Andrés Henestrosa, un reconocido escritor zapoteco, decía con respecto a la Guelaguetza que "esta bella práctica indígena oaxaqueña" había gozado de retoques, agregados y supresiones, aunque su esencia se mantenía intacta. Es indudable que la fiesta ha tenido cambios a lo largo de su existencia, producto de la colaboración de numerosos actores sociales que le han aportado su ingenio y creatividad. Así, la han construido y dotado de una forma particular, de una personalidad propia, a través de un proceso que se ha desarrollado a lo largo de varias décadas. Las primeras noticias que obtuvimos sobre la Guelaguetza, hace ya algún tiempo, situaban su origen en los años treinta del siglo pasado, por lo que, al construir el proyecto de investigación, concebimos la posibilidad de reconstruir su recorrido histórico para explicarnos la forma en que ha llegado a constituirse como actualmente la observamos. La importancia concedida a esta práctica social entre los urbanitas se encontraba reflejada en las crónicas periodísticas, por lo que la tarea, entonces, radicaba en indagar, a través de esos materiales, cuál había sido su derrotero a través de los años, y cómo y por qué los oaxaqueños la habían creado paulatinamente hasta llegar a considerarla emblemática de su ciudad. Ahora proponemos presentar el proceso histórico de la fiesta urbana. Si bien es cierto que, tanto ésta como cualquier otra tradición, ha sido inventada, es decir, ha sido producto de una construcción social, lo particular de la Guelaguetza es que su creación ha sido relativamente reciente, lo que permite, a diferencia de otras tradiciones oaxaqueñas mucho más antiguas, observar la forma por medio de la cual esto ha sido posible.

Este capítulo lo dividiremos en cuatro apartados. En el primero trataremos de abordar cómo se realizaba la festividad en los años

comprendidos entre 1932 y 1950, que es el período en el que se construyen las bases sobre las cuales se erige la actual festividad. El segundo apartado versará sobre 1951, el año del cambio, y tratará de analizar el modelo propuesto para una nueva forma de celebración de los Lunes del Cerro; en el tercero se indagará sobre el período de consolidación del modelo implantado en 1951, en tanto que el cuarto presenta los procesos más significativos que se sucedieron entre 1960 y 2001. Conviene hacer notar que ésta en ningún momento pretende ser una reconstrucción exhaustiva, sino solo una presentación de las líneas generales a través de las que se ha ido estructurando la festividad.

### **1. LOS LUNES DEL CERRO, ANTAÑO**

Los Lunes del Cerro en la ciudad de Oaxaca se celebraban en los dos lunes siguientes al 16 de julio; en estas festividades, la gente solía acudir al cerro del Fortín para pasar el día, pues por la mañana era costumbre tomar el almuerzo en los puestos de comida ahí instalados, mientras que por la tarde se realizaba un paseo por las faldas del cerro. En estas fechas se daban cita en el lugar los diversos sectores de la sociedad oaxaqueña, tanto los estratos más pobres como aquellos en mejores condiciones económicas. Sin duda, era un momento en el que se reforzaban las imágenes que los diferentes grupos urbanos tenían tanto de sí mismos como de los otros que también participaban, puesto que a pesar de encontrarse en un mismo sitio geográfico, “comulgando todas las clases sociales”<sup>1</sup>, éstas no llegaban a mezclarse entre sí. Las crónicas que hablan de esta festividad de alguna manera lo manifiestan al describir a las personas que tomaban parte en ella. Los adjetivos utilizados para definir a cada participante reflejan los conceptos que sobre ellos se tenía. De esta manera, se adscribía al otro a una categoría socialmente definida a través del vestuario y las costumbres. Chinas y charros oaxaqueños, sacrificios y catrines eran las categorías más

---

<sup>1</sup> Oaxaca Nuevo, martes 27 de julio de 1937.

utilizadas y todas ellas hacían referencia a los niveles económico y social de los habitantes de la ciudad:

*El “sacrificio” lucía flamante camisa de reluciente pechera, pantalón de casimir de buena calidad y de estilo bombacho, banda de discreto color, choclos negros y amarillos y se tocaba con fino sombrero “borsalino” o bien “Stetson”, si sus posibilidades se lo permitían o, en cierta época, el de estilo “gaona” muy de moda, color verde con lazo en la parte posterior... Se les llamaba “sacrificios” porque tratándose de gente pobre que vivía con bajos jornales, necesitaban hacer un verdadero sacrificio para lucir esta indumentaria. El “charro” era de una categoría económica superior y no hacía alarde sobre el valor de las prendas que portaba, de las que el sombrero constituía un verdadero dispendio, que valía incomparablemente más que el de cualquier “catrín” bien plantado<sup>2</sup>.*

No se sabe con exactitud cuándo iniciaron estas festividades, pero quienes han escrito sobre las mismas resaltan su vinculación con festejos realizados en la época prehispánica, en honor a Xilomen, diosa del Maíz tierno, que duraban poco más de una semana, además de otros en honor a Ehécatl, dios del Viento, nombre que llevaba el cerro del Fortín (Audiffred *et al*, 1995)<sup>3</sup>. No obstante, no existen crónicas que narren que efectivamente la costumbre de acudir al cerro los lunes siguientes al 16 de julio haya provenido de la época precolombina. Es por ello que algunos autores, como Cortés (1982)<sup>4</sup>, han indicado que las fiestas tienen su origen en la época colonial, después de las celebraciones religiosas dedicadas a la Virgen del Carmen y en el contexto de las procesiones de Corpus Christi. Sobre el origen y la historia de los Lunes del Cerro se han escrito numerosos discursos (que analizaremos posteriormente); en la mayoría de los casos fueron redactados a partir de

---

<sup>2</sup> Provincia, lunes 18 de julio de 1949.

<sup>3</sup> El cerro fue llamado sucesivamente “de Ehécatl” (Dios del Viento), por los nahuas; “de Tani Lao Nayaaloani” (o de Bella Vista), por los zapotecos del Valle; “de La Soledad”, por los españoles; actualmente se llama Cerro del Fortín (Audiffred *et al*, 1995).

<sup>4</sup> Cortés (1982) indica –sin mayores datos que fundamenten su discurso– que estas fiestas “se iniciaron como un humilde homenaje a los padres misioneros que durante el novenario de la fiesta de la Virgen del Carmen predicaron e hicieron una gran misión. Año con año era esa labor de los misioneros, y año con año el pueblo en agradecimiento los llevaban a un día de campo justamente al cerro del Fortín y ahí, para amenizar la comida y como entretenimiento les brindaban unos bailables”.

la tercera década del siglo XX y pueden situarse en los años posteriores a la Revolución Mexicana.

Ahora bien, es poca la información que se posee sobre la forma en que se realizaban los Lunes del Cerro en el siglo XIX, cuando posiblemente fueron adquiriendo un perfil propio. Uno de los procesos que promovieron su transformación es, a decir de Castro (1971:12), el cambio de regímenes políticos habidos en México desde 1810, que influyeron para que las festividades de carácter religioso no siguieran desarrollándose de la misma forma en que se celebraron durante la época colonial. No obstante, Acevedo (1997:377) aporta datos que señalan que la procesión de Corpus, hacia los años cuarenta de ese siglo, seguía realizándose con gran solemnidad y que las posteriores Leyes de Reforma en poco afectaron a las fiestas del Cerro<sup>5</sup>. Una crónica aparecida en 1908 en un periódico local, consigna diversas afirmaciones de un habitante de la ciudad que rememora la forma en que las fiestas se llegaron a celebrar en la segunda mitad del siglo XIX<sup>6</sup>:

*En aquel tiempo la muchacha que no se plantaba de seda no iba al Cerro. Hoy predominan los sombreros colosales con cintas, flores y plumas de un grandor exagerado y antes lo que se lucía con todo garbo eran las joyas valiosas, que en la actualidad han desaparecido... el único objeto (de ir) era cortar azucenas silvestres, que abundan en el cerrito y poco a poco se fue haciendo una costumbre que ha sido respetada por el tiempo. Lo que recuerdo muy bien –añadió– son las fiestas del Corpus del Carmen... toda la ciudad se engalanaba y el aspecto de sus calles era deslumbrador. Al día siguiente, todas las familias, haciendo derroche de lujo, como antes dije a usted, se reunían en el Cerro a cortar azucenas y a tomar unos tamales en la casa de “Las Enanas”. Esta era una familia en la que todas no pasaban de un metro de altura <sup>7</sup>.*

---

<sup>5</sup> Uno de los cambios que consigna fue la supresión de la participación de los Gigantes (que acudían a bailar al cerro desde 1741), aunque ésta fue sólo por un breve lapso, pues a fines de la década de los años setenta de ese siglo, el gobernador de Oaxaca volvió a autorizarlos para que bailaran en el cerro, con música ejecutada por bandas militares, de acuerdo con sus antiguas costumbres (Acevedo, 1997:377).

<sup>6</sup> El mencionado artículo, titulado “El Lunes del Cerro, antaño”, firmado bajo el seudónimo del *Conde de Oblonski*, es del año de 1908, aunque el fragmento que reproducimos está tomado del periódico Provincia del 31 de julio de 1949, cuando volvió a ser publicado.

<sup>7</sup> Lo contenido entre paréntesis es nuestro.

En las primeras décadas del siglo XX, los Lunes del Cerro ya eran la fiesta de los oaxaqueños. A ellos acudían las diversas clases sociales que por las mañanas almorzaban en las faldas del lugar y por las tardes se entretenían con un paseo que finalizaba, casi siempre, con el aguacero veraniego. Ir al cerro constituía todo un acontecimiento, ya que era una costumbre entre la población estrenar ropa durante el paseo vespertino. Es en esta época cuando las referencias a su vinculación con las fiestas religiosas son menores y cuando se fue estructurando una forma de celebración de tintes más seculares. Sin embargo, el mayor impulso a calificar esta fiesta como típica, propia y auténtica de Oaxaca se dio a partir de 1928, cuando tomó un cariz más regional. De Lunes del Cerro pasó a llamarse “Fiesta de la Azucena” y en ella se pretendían rememorar las fiestas y costumbres de los pueblos precolombinos<sup>8</sup>. La Danza de la Pluma se comenzó a ejecutar en el cerro, lo mismo que algunos concursos, como los de canciones o trajes regionales. Este período está incluido dentro del nacimiento del regionalismo oaxaqueño (al que nos hemos referido de manera general en el capítulo anterior) que se dio en el contexto de los años posrevolucionarios. Lo local fortalecía lo nacional y a través de lo uno se llegaba al conocimiento de lo otro:

*Tales son nuestras fiestas. Esparcimiento para todos... Festividades como ésta sintetizan el palpitar de Oaxaca y así como nosotros sentimos en esta ocasión, así debe ser por igual para todos aquellos que sientan palpitar el alma de la Patria<sup>9</sup>.*

En esta búsqueda por construir su fiesta se pasarán los oaxaqueños más de veinte años. El período que cubre de los años 30 a los 50 es reflejo de lo anterior, de ese afán por crear una fiesta propia de Oaxaca, una celebración que sea auténtica, que contenga elementos que denoten

---

<sup>8</sup> El nombre de “Fiesta de la Azucena” no tuvo mucho éxito, ya que la gente siguió llamándola Lunes del Cerro. Por otro lado, durante las primeras décadas del siglo XX se sucedieron otros cambios en la forma de celebrar los Lunes del Cerro, comenzando con que el hecho de que el ayuntamiento de la ciudad tomó la organización de los mismos.

<sup>9</sup> Oaxaca Nuevo, martes 27 de julio de 1937.

su vinculación a un lugar y que proyecten en ella mejores perspectivas de vida dentro del acontecer nacional. La fiesta se reconstruye, se reinventa, se reacomoda. Este período es altamente inestable y en él es posible observar la forma como un grupo de oaxaqueños piensa su ciudad y se piensa a sí mismo. En estos años se comienzan a realizar las mañanitas al cerro del Fortín, el almuerzo regional toma un nuevo impulso, a la par que las actividades que se desarrollaban por las tardes, en las faldas del cerro, se van concentrando ahora en la Rotonda de la Azucena, el escenario erigido para que en él se representara el Homenaje Racial en 1932. Esta delimitación geográfica fue uno de los elementos que ayudaron para que los Lunes del Cerro se fueran constituyendo en espectáculo.

Las actividades programadas para llevarse a cabo en estas fechas denotaban un carácter básicamente regional, en el que la historia oaxaqueña se adaptaba a las nuevas visiones posrevolucionarias, respetando en el fondo los lineamientos generales de sus políticas, que exaltaban el pasado indígena. Un ejemplo de lo anterior es la designación de la Diosa Centéotl o diosa del Maíz tierno, a quien supuestamente se le dedicaban estas fiestas en la época prehispánica. Centéotl, por mandato del H. Ayuntamiento de la ciudad, regresó al cerro en el primer lustro de los años treinta, y en su honor se volvieron a realizar estas fiestas. En 1934, por ejemplo, se presentó un espectáculo titulado *Xunani xuba*, en que simbólicamente se ponían a sus pies los productos representativos de la agricultura del estado<sup>10</sup>. A partir de esa fecha, la participación de la Diosa Centéotl en los Lunes del Cerro se irá definiendo hasta llegar a ser central en ellos. De este modo, en 1937 se organizó una calenda popular que recorrió las calles de la ciudad, saliendo del Palacio Municipal hasta el cerro del Fortín, dos años después se organizó un "Desfile Racial", para rendirle pleitesía y en 1940 se realizó el "Homenaje a la Diosa Centéotl", mismo que se fue estructurando al paso de los años y en el que

---

<sup>10</sup> El Imparcial, domingo 20 de julio de 1969.

participaban los alumnos de las distintas escuelas de la ciudad y que, finalmente, fue suprimido, junto con la figura de la diosa prehispánica, en 1947.

Pero los años treinta también trajeron consigo la inclusión de actividades de diverso tipo, como los conjuntos corales o las tablas de ejercicios físicos; en ellos se procuraba poner de manifiesto una concepción particular del arte y la estética<sup>11</sup>, como aconteció, por ejemplo, con el concurso de yuntas y carretas mejor engalanadas que, en 1935, organizó Alfredo Canseco Feraud. A través de estas actividades se observa la forma en que se fue construyendo o fortaleciendo el regionalismo oaxaqueño, y se fue haciendo de esta fiesta algo que "sirve para revivir esas viejas costumbres que constituyen la idiosincrasia indiscutible de los hijos de esta colonial Antequera"<sup>12</sup>. La Gran Feria Regional de 1937 es tan sólo otro ejemplo; en ella se llevaron a cabo concursos de trajes regionales, de flores silvestres y de frutas mejor cultivadas, o bien, el Concurso de la Canción Popular de 1939, en el que una de las bases estipulaba que la letra debería enaltecer lo oaxaqueño, a través de las referencias a sus riquezas arqueológicas, tipos o costumbres<sup>13</sup>. Eran actividades en las que estaba presente "el sentimentalismo de nuestra tierra"<sup>14</sup>, en las que, como indican las crónicas, se renovaba "el alma del pueblo oaxaqueño"<sup>15</sup>, al participar en una fiesta

---

<sup>11</sup> Una de las actividades que llegó para quedarse fueron los eventos deportivos, que se iniciaron en 1936, con carreras de 100 y 200 metros, encuentros de básquetbol y volibol, así como la carrera a campo traviesa desde Xochimilco hasta la Rotonda del Fortín. Estas actividades fueron organizadas por el personal de las escuelas ciudadanas, bajo la supervisión de la Dirección de Educación Física del Estado, y desde su primera edición fueron aceptadas por los oaxaqueños, anexándose en los siguientes años la carrera ciclista. Los eventos deportivos eran vistos como "índice de los modernos tiempos que estamos viviendo, y que está bien que así acontezca para que nuestra juventud se vea estimulada en estas nuevas modalidades de la educación, que no sólo concreta su acción a la mente sino también al cuerpo" (Oaxaca Nuevo, lunes 21 de julio de 1940).

<sup>12</sup> Oaxaca Nuevo, martes 11 de julio de 1939.

<sup>13</sup> En el mencionado concurso obtuvo el primer lugar la canción titulada "Oaxaca", con letra del Dr. Daniel Rueda y música del Profr. Próspero González.

<sup>14</sup> Oaxaca Nuevo, miércoles 12 de julio de 1939.

<sup>15</sup> Oaxaca Nuevo, martes 27 de julio de 1937.

*... de la más genuina tradición que, adentrándose en el corazón de todos los oaxaqueños, tiene sus raíces en el alma grandiosa de nuestra raza, ha llegado ya y nos invita a recrear el espíritu ascendiendo a nuestro histórico Fortín, a nuestro legendario Daninayaloani (Cerro de Bella Vista) para desde allí contemplar la belleza incomparable de nuestra amada Oaxaca... La fiesta evocadora de un lejano ayer que no muere vendrá una vez más ... y, como en un sagrado rito de amor, nos hará rendir homenaje a nuestras tradiciones, a nuestras típicas y sanas costumbres haciéndonos cobrar más optimismo para seguir laborando por un Oaxaca mejor<sup>16</sup>.*

El oaxaqueñismo toma carta de naturalización en los Lunes del Cerro. La fiesta era ya considerada como propia, no sólo porque la realizaran los naturales y porque fuera vista como una continuación de las fiestas prehispánicas<sup>17</sup>, sino porque en ella estaban contenidos los elementos que los urbanitas habían seleccionado para que los identificaran, como la gastronomía, la historia o las costumbres, formando todo ello un conjunto, una unidad con sentido, porque era el espejo que los reflejaba. Es por eso que en la década de los años cuarenta, las actividades que se realizaron en el cerro tuvieron por objeto reafirmar lo propio, tomando para ello, en la mayoría de los casos, elementos ajenos a la ciudad, venidos de la tradición indígena, que fueron apropiados por los oaxaqueños, como los bailables y danzas que presentaron en la Rotonda de la Azucena los alumnos de las distintas escuelas que existían en la ciudad<sup>18</sup>. El incremento en el número de oaxaqueños que acudía al cerro, puede ser un indicador de que la fiesta, con el tinte regional que fue adquiriendo, era ampliamente aceptada. Para 1941, el periódico local estimó una asistencia al cerro de 20.000 personas<sup>19</sup>; si bien consideramos que esta estimación pudo ser un tanto

---

<sup>16</sup> Oaxaca Nuevo, domingo 17 de julio de 1938.

<sup>17</sup> Sobre este punto nos referiremos con mayor amplitud en el siguiente capítulo, cuando analicemos el sustento literario de la Guelaguetza.

<sup>18</sup> La participación de las escuelas aparece en las crónicas periodísticas desde los años treinta, cuando comenzaron a ejecutar bailables diversos en la Rotonda de la Azucena. En 1936, las escuelas Federal Tipo, Juan J. Rousseau y Basilio Rojas presentaron el Vals "Sobre las Olas", en tanto que en 1937, la Escuela Federal Tipo presentó el bailable "Las Varsovianas", por poner solo algunos ejemplos.

<sup>19</sup> Oaxaca Nuevo, martes 22 de julio de 1941.



exagerada, lo cierto es que evidenciaba el éxito de una festividad que se fue reestructurado sobre un vertiente regionalista:

*Ya es indiscutible que la fiesta de los Lunes del Cerro son algo que jamás podrá ser pasado por alto; es natural, se trata de algo en donde palpita el alma oaxaqueña, en donde la belleza incomparable de nuestras tradiciones alcanza sus más hermosos matices; y simple y sencillamente la fiesta de todas las clases sociales de Antequera<sup>20</sup>.*

Algunas actividades que se hicieron presentes en la fiesta, en la mayoría de los casos tuvieron una existencia efímera, como las carreras de caballos, las pirámides humanas, las tablas calisténicas o los números de gimnasia rítmica. No lograron permanecer en la festividad, quizá porque no hacían alusión a elementos autóctonos de Oaxaca; la ciudad estaba buscando una fiesta que le identificara y, por eso mismo, intervenciones como la del Mariachi Jalatlaco, en 1945, o bailables de Michoacán o Veracruz, en 1950, que no eran propios del estado y que tampoco tenían tanta aceptación en la ciudad, a pesar de su referencia a una identidad nacional, fueron suprimidas. No así aconteció con los bailables regionales que presentaban las escuelas en la Rotonda de la Azucena, que fueron ampliamente recibidos por los oaxaqueños, logrando con ello no sólo permanecer sino volverse parte indispensable de la celebración. En los años que van de 1943 a 1950, las escuelas se organizaron entre sí, cada una escogió una región del estado, ensayó sus bailes y los presentó en el cerro<sup>21</sup>. No obstante, en 1947 el Comité Organizador decidió regresar al modelo de celebración de años anteriores; es decir, privilegiar la romería vespertina por encima del espectáculo. Se suprimieron por tanto las tablas gimnásticas, los bailables, el Homenaje a la Diosa Centéotl y la calenda de descenso, a fin de que la fiesta no se llevara a cabo únicamente en un sitio específico del cerro; es decir, en la

---

<sup>20</sup> Oaxaca Nuevo, martes 29 de julio de 1941.

<sup>21</sup> En 1945, por ejemplo, la región de la Costa estuvo representada por alumnos de la Academia Oaxaqueña; la Cañada, por las escuelas Enrique Rébsamen y Andrés Portillo; la Mixteca, por la Federal Tipo, y los mixes, por la Porfirio Díaz. Mención aparte merecen los danzantes de la Pluma que llegaban de los pueblos del Valle, principalmente de Cuilapan y Zaachila, para participar en los Lunes del Cerro.

Rotonda de la Azucena, sino que volviera a desarrollarse por los alrededores del Fortín, reviviendo con ello "las viejas costumbres"<sup>22</sup>. Por la mañana de ese año se mantuvieron las mañanitas al cerro, el almuerzo regional y las actividades deportivas, mientras que por la tarde se organizó la Tarde Popular Oaxaqueña, en la que los palos ensebados, los puestos de venta de comida, dulces, frutas y nieves, y todo aquello que antaño se realizaba volvió a ser la atracción principal. En 1948 volvieron a escena los concursos de trajes regionales y de puestos adornados; se otorgó mayor importancia a los eventos deportivos y se exigió el regreso a la tradición, al "ayer intacto"<sup>23</sup>. Podríamos decir, en una afirmación muy temeraria, que en este bienio los oaxaqueños por primera ocasión reflexionaron sobre su fiesta y sus tradiciones y se preguntaron de qué forma habían llegado a convertirse en un espectáculo. Las respuestas que se dieron fueron variadas:

*Hace pocos años aún, que se daba "gato por liebre" a los turistas, con números escolares de bailes infantiles, dizque autóctonos, inventados por alguna maestra cándida, mientras las autoridades educativas no cabían de gozo ante el aparente éxito de la superchería que tanto daño nos hizo y que contribuyó a desprestigiar, más ante extraños que ante propios -cómplices nosotros en la simulación inconfesable-, estas fiestas que fueron el alma misma de Oaxaca<sup>24</sup>.*

Cabría preguntarnos aquí cuál es ese ayer intacto al que se pide regresar. Ciertamente no es el período prehispánico de las fiestas a Centéotl; tampoco es la expresión festiva de la época virreinal, mucho menos el incierto siglo XIX. Lo que se pide que vuelva, la tradición que se reclama es aquel pasado que han vivido los hombres que lo solicitan. Es decir, la exigencia no es más que el reflejo de la búsqueda nostálgica de un ayer que ha dejado de existir. Los títulos de los artículos de opinión ("Semblanza Antañona de los Lunes del Cerro" o "El Lunes del Cerro,

---

<sup>22</sup> La Voz de Oaxaca, domingo 20 de julio de 1947.

<sup>23</sup> La Voz de Oaxaca, domingo 18 de julio de 1948. La nota indica: "Volvamos al ayer intacto; respetémoslo como fue, porque nació de los sencillos corazones de nuestros abuelos, sin mixtificaciones absurdas, que tampoco a nosotros pueden engañarnos".

<sup>24</sup> La Voz de Oaxaca, domingo 18 de julio de 1948.

antaño”<sup>25</sup>) son una evidencia más del reclamo para que la fiesta vuelva a realizarse como se hacía antes de 1928, con los folklóricos puestos de comida, nieves y frutas, y con los pintorescos personajes que se podían observar en ella, las Chinas oaxaqueñas, los charros de culito, los catrines y los sacrificios. La exigencia no es únicamente para que la fiesta se lleve a cabo como antaño sino, también, para que los órdenes sociales permanezcan. Se pide el retorno de esos Lunes del Cerro en donde las clases sociales estaban plenamente definidas, en contra de la aglomeración de un gentío anónimo y, por momentos, imposible de clasificar detenidamente, en términos de clase social.

No obstante, no estamos plenamente seguros a qué se haya debido que en el período de 1947 y 1948 las celebraciones del cerro sufrieran cambios sustanciales<sup>26</sup>. Cuestiona que haya sido sólo un par de años, puesto que para 1949 se regresó al espectáculo, a través de la presentación de la obra *Las bodas del Rey Cosijoeza*, escritas por Adolfo Velasco Martínez, en las que se ponía en escena la boda del último rey zapoteca con la hija del emperador de Tenochtitlan. El ingenio local se volcó en la redacción de la obra, escrita en tres cuadros, en la que se realizaba una relectura de la historia zapoteca, cuyo objetivo era exhortar a los habitantes de la ciudad a amar ese pasado, a conocer lo propio “para saber apreciarlo y poder sentir el legítimo orgullo de ser oaxaqueños” (Díaz, 1949:2). En la representación de la obra participaron las escuelas de la ciudad, ejecutando danzas diversas “plenas del estilo

---

<sup>25</sup> La Voz de Oaxaca, domingo 18 de julio de 1948; Provincia, domingo 31 de julio de 1949, respectivamente.

<sup>26</sup> Estos reclamos se producen en el contexto de un incremento en el turismo que llegaba a Oaxaca, y que fue la alternativa económica que la clase política local privilegió, ante la tardía llegada al estado del proceso de industrialización que se llevaba a cabo en el país y que, finalmente, en Oaxaca no llegó con igual fuerza que con se desarrolló en el centro y norte de México. La necesidad de ajustar la festividad a cambios profundos en su estructura produce reclamos insistentes. La duración de dos años, en que en la fiesta se vuelve a priorizar la romería, puede ser indicio, también, de una pugna interna entre las diversas facciones de poder en Oaxaca. Después de ese bienio, y posiblemente al comprobar la escasa atracción turística de esta manera de celebrar los Lunes del Cerro, se optó por regresar al modelo que privilegiaba el espectáculo.

de nuestra música autóctona precolombina”<sup>27</sup>. El retorno al espectáculo no fue un hecho aislado en la historia de los Lunes del Cerro sino que dependió, básicamente, de un aumento en el turismo que llegaba a la ciudad y que, además de las zonas arqueológicas de Mitla y Monte Albán, demandaba admirar “las danzas autóctonas y las costumbres de la tierra oaxaqueña”<sup>28</sup>. La ciudad aún no definía del todo su fiesta, pero era consciente de que su futuro dependía de la industria turística, puesto que el proceso de industrialización en que estaba sumido el país no llegaba todavía al estado. Para el primer Lunes del Cerro de 1949, cuando se escenificaron las *Bodas del rey Cosijoeza*, numerosos turistas y visitantes estuvieron tomando películas de cine, y especialmente llegaron a captar esas escenas, con finalidades de propaganda turística, los enviados de la Compañía Mexicana de Aviación y de The Latin American Travel Service<sup>29</sup>. En la Octava de ese año intervinieron los danzantes de la Pluma de Teotitlán del Valle y Cuilapan de Guerrero, así como los Zancudos de Jalpan y los alumnos de la Academia Oaxaqueña, quienes presentaron bailables de la Costa, “para regocijo de los turistas que nos visitan también, en menor número que los que presenciaron el festival del lunes anterior”<sup>30</sup>. Al año siguiente, en la Rotonda de la Azucena se presentaron bailables de los estados de Michoacán y Veracruz, así como el Homenaje a la Princesa Donají, un “arreglo escénico” bajo la dirección artística de Efrén Díaz Cervantes, en el que participaron estudiantes ciudadanos y danzantes llegados de Teotitlán del Valle.

El período que estamos reseñando termina precisamente en ese año, en 1950, con la imagen de los oaxaqueños que siguen en la búsqueda una fiesta para su ciudad. Una cosa estaba clara, que sería en

---

<sup>27</sup> Provincia, miércoles 20 de julio de 1949. La obra solamente llegó a presentarse en el primer Lunes del Cerro de ese año, puesto que fue suspendida su presentación programada para la Octava. Al año siguiente solamente se ejecutaron algunas danzas de la misma obra, pero nunca volvió a ponerse en escena de forma completa.

<sup>28</sup> Provincia, martes 19 de julio de 1949.

<sup>29</sup> Provincia, martes 26 de julio de 1949.

<sup>30</sup> Provincia, martes 2 de agosto de 1949.

julio, cuando se realizaran los Lunes del Cerro, pero no sabían todavía qué estructura tendría. En su proceso de construcción habían transitado de la romería al espectáculo y del espectáculo a la romería para, finalmente, quedarse con el espectáculo; asimismo, se había vuelto más compleja la organización por la creación de diferentes comisiones, y había pasado de ser una fiesta exclusiva de los oaxaqueños a una abierta a extranjeros, que confesaba que lo propio merecía ser exhibido.

## **2. LA REESTRUCTURACIÓN DE LA FIESTA: 1951**

El viernes 6 de julio de 1951, en el Salón de Sesiones del H. Ayuntamiento de la ciudad, diversos funcionarios del gobierno estatal y municipal, así como representantes de comerciantes locales, hoteleros y empresas nacionales se reunieron para debatir sobre la forma en que se podría dar a Oaxaca una proyección dentro del ámbito nacional y convertirla, paulatinamente, en un centro turístico. Si bien hasta esa fecha había ya marcado interés por parte de extranjeros y de algunos nacionales por los sitios arqueológicos del Valle Central del estado, la ciudad en sí misma no ofrecía aún mayores atractivos. No obstante, algunos turistas habían estado presentes en las fiestas de los Lunes del Cerro, en los años cuarenta, dejando constancia de su interés por el folclore local. Ante el incremento del turismo, los comerciantes, junto con las autoridades locales, intentaron buscar la fórmula para que, a través de las fiestas de la ciudad, ésta se convirtiera en un centro de atracción de visitantes. Al parecer, la reunión de principios de julio de 1951 no había sido la primera, sino que la idea de retomar las fiestas como elementos para la captación de turistas había sido ya propuesta a los distintos niveles –gobierno estatal, municipal y empresarios-, quienes después de considerarla, habían consensuado acciones a seguir en un corto plazo. Es por ello que como resultado, no sólo de la reunión del 6 de julio, sino de un proceso de consultas, estudios y cabildeos, se decidió formar el Comité Pro Fiestas Tradicionales de Oaxaca, en el que estaban incluidos diversos órganos de los gobiernos estatal y municipal, así como representantes de los empresarios, quedando designado para todas las

fiestas tradicionales de Oaxaca, y “el que desde luego tomó interesantes acuerdos a fin de imprimirle a las fiestas del Lunes del Cerro toda la brillantez que reclaman”<sup>31</sup>.

¿Qué podría ofrecer Oaxaca a los turistas, para que se sintieran motivados a llegar a la ciudad? Esta podría ser la pregunta que se hicieron al comenzar a planear los cambios que podrían efectuarse en la fiesta. Sin perder la parte regional, que ya se había instalado en las celebraciones del Cerro, era necesario analizar cuáles eran los contenidos que se transmitían y las formas en que esto se realizaba. Los bailables regionales habían sido parte importante de la fiesta desde que se comenzaron a presentar en las décadas anteriores, pero su originalidad se perdía cuando, a pesar de los esfuerzos, eran presentados por estudiantes. La fiesta, entonces, no pasaba de ser un espectáculo escolar que en poco se diferenciaba de los realizados en las mismas escuelas cuyos alumnos acudían a bailar al cerro. Tenían la vistosidad de los movimientos, del vestuario, la gracia de los ejecutantes, pero nada más. A fin de cuentas, no eran más que una representación dirigida por maestros que reflejaban sobre el escenario sus ideas e imágenes de lo que consideraban que eran los bailes de las regiones oaxaqueñas. Los bailables estaban bien, pero les faltaba autenticidad y esa sólo se la podían dar los auténticos, los autóctonos, los originales, los indios. El Comité Pro Fiestas Tradicionales de Oaxaca volvía a echar mano de la población indígena, esta vez para que participara en las fiestas de los Lunes del Cerro trayendo sus costumbres, sus bailables, sus vestimentas, sus productos. Nuevamente estaban presentes en el hecho algunas ideas que un grupo de urbanitas se había construido sobre los indios como, por ejemplo, de que estaban obligados a presentarse en la

---

<sup>31</sup> Provincia, domingo 8 de julio de 1951. El Comité quedó conformado de la siguiente forma: Presidente honorario, Ing. Manuel Mayoral Heredia, gobernador del Estado; presidente efectivo, Dr. Lorenzo Mayoral Lemus, presidente municipal; secretarios, Juan Ortiz Sumano, por parte del Ayuntamiento y Luis Cervantes, por la Cámara de Comercio; tesoreros, Rogelio Jiménez Ruiz (tesorero municipal) y Ángel Moreno (por la Cámara de Comercio). Representantes de los hoteleros, Lic. López Cortés y Alonso Tena; por la Agencia Estatal de Turismo, Alfonso Zorrilla Barrundia; por Comunicaciones, Agustín Rebolledo (gerente de la Compañía Mexicana de Aviación), entre otras personas.

ciudad, trayendo lo propio y haciéndole su fiesta. En el imaginario urbano no había espacio para la igualdad sino una clara distinción de quiénes formaban cada uno de los grupos socialmente diferenciados y qué papeles les correspondía desempeñar. Unos eran los que organizaban y otros los que ejecutaban; unos, los que indicaban y otros, los que obedecían. Por eso, los nuevos cambios en la fiesta denotaban un espíritu utilitarista, pues parecía que los indígenas eran elementos que estaban siempre ahí, dispuestos a ser utilizados dependiendo de las necesidades de la ciudad<sup>32</sup>; los cambios, por tanto, no nacieron en un ambiente de hermandad, sino en un contexto de alta diferenciación social, con la única salvedad de que en este tiempo de fiesta, su estancia en la ciudad, es decir, la siempre olvidada y estigmatizada presencia indígena, estaría aceptada y legitimada.

No tenemos datos concretos para saber hasta qué punto el Comité Pro Fiestas Tradicionales de Oaxaca decidió regresar al modelo del Homenaje Racial. En caso de que lo hubiera hecho, éste fue objeto de reestructuración, pues el original obedecía a un libreto creado por intelectuales oaxaqueños, que nunca se presentó como tal en los Lunes del Cerro. Incluso los participantes y artífices del evento de 1932, décadas después mostraban públicamente sus diferencias al respecto<sup>33</sup>. No obstante, se retomaron algunos elementos de aquella celebración, como el de llamar "Embajadas" a los contingentes indígenas que habían sido invitados a acudir a la fiesta, representando no a su grupo etnolingüístico ni a su localidad, sino a la región en la cual estaban adscritos. A pesar de que el nuevo modelo de celebración de los Lunes del Cerro sería experimentado en la Octava de la fiesta, desde el primer

---

<sup>32</sup> La nota aparecida en el periódico Provincia, el viernes 27 de julio de 1951, da cuenta de ello cuando indica que el incremento turístico que está tomando la ciudad "debe alentarnos para, en lo posible, multiplicar las fuentes alimentadoras de tales corrientes migratorias, que a no dudarlo vienen a significar el medio eficaz para el incremento de nuestra raquítica economía". Los indígenas, por tanto, significaban para la ciudad un elemento más susceptible de ser explotado.

<sup>33</sup> Rosas Solaegui, en 1977, indicaba que las celebraciones que se llevaban a cabo en el cerro eran completamente diferentes al Homenaje Racial; en tanto que Canseco Feraud, en 1985, afirmaba lo contrario.

Lunes se comenzaron a notar los cambios, con la supresión de la participación de las escuelas, que a pesar de saberse excluidas de la festividad que durante años las albergó, seguían practicando sus bailables incluso unos días antes del primer Lunes<sup>34</sup>. Para esa fecha, Teotitlán del Valle, Zaachila y Macuilxóchitl habían confirmado su participación; el primero de ellos con la Danza de la Pluma; el segundo participaría con los Zancudos, “baile propio de la Villa mencionada”, diría el programa<sup>35</sup>, mientras que el tercer grupo escenificó un “Fandango del Valle”. La crónica del primer Lunes no deja de consignar, como tampoco lo hará en la Octava, que el atractivo principal había sido la autenticidad:

*Quienes tomaron participación en esta caravana auténtica de Macuilxóchitl, venían ataviados con sus trajes propios del lugar, así pues las “marías” como les llamamos portaban sus mantas enredadas, sus rebozos sobre la cabeza, simulando turbantes y unas sus huaraches y otras descalzas<sup>36</sup>.*

No obstante el éxito que representó el primer Lunes del Cerro, tanto por el turismo “que vino ex profeso a conocer nuestras costumbres tradicionales”<sup>37</sup>, como por los corresponsales de periódicos y revistas, tanto nacionales como extranjeros, así como por el pueblo oaxaqueño que acudió al cerro, los grupos indígenas participantes no fueron del todo reconocidos por la prensa local<sup>38</sup>; no sabemos exactamente el porqué, aunque consideramos que posiblemente los grupos mencionados no correspondieron a la imagen que los urbanitas tenían sobre sus costumbres y tradiciones, sobre el vestuario y sus danzas, incluso sobre su tipo físico. La nota aparecida en el periódico Provincia, el miércoles 25

---

<sup>34</sup> Provincia, domingo 22 de julio de 1951. Nota: “Las escuelas citadinas preparan sus bailables”.

<sup>35</sup> Provincia, domingo 22 de julio de 1951. Nota: “Cómo se desarrollarán las fiestas del Lunes del Cerro”.

<sup>36</sup> Provincia, martes 24 de julio de 1951.

<sup>37</sup> Ibid.

<sup>38</sup> El párrafo final de la crónica lo indica con estas palabras: “Consideramos que los camarógrafos tendrán mejor oportunidad el próximo lunes para captar las embajadas que nos visitarán, ya que por su colorido y atractivo *les despertarán más interés*” (ibid). Las cursivas son nuestras.



de julio de 1951, deja entrever lo anterior, pues en ella se pide mayor autenticidad a los danzantes de la Pluma, pues:

*...ya no se concretan a lucir sus típicos trajes auténticos de cada lugar, sino que les han venido poniendo algunos aditamentos, bastándoles para ellos alguna mascada, lienzo, que tengan variados colores para que lo usen como complemento de su indumentaria, cuyas mascadas son de estilo completamente ajeno al histórico vestuario, y esa así como la tarde del lunes pasado, durante las festividades del Lunes del Cerro pudimos observar que uno de estos danzantes traía en las espaldas plasmado con un lienzo amarillo un avión con una leyenda en inglés de la Marina de los Estados Unidos, pero afortunadamente alguien intervino para hacerle notar este error, quitándose el portador dicho lienzo. Además se hace necesario que los mismos danzantes no usen zapatos tenis, que no son propios en su mismo vestuario, sino el típico huarache, en consecuencia es conveniente que las autoridades intervengan en este importante asunto, porque se viene mixtificando en sumo grado el vestuario de referencia, y con ello se viene demeritando el valor histórico de los danzantes aludidos; aparte de que ellos mismo deben cuidar la autenticidad de sus ropas y no ponerse “trapos” que no corresponden a su original atavío.*

Si bien el primer lunes se desarrolló con altibajos, el segundo sería un acontecimiento sin par dentro de las celebraciones de la fiesta de la ciudad. Para ese día habían sido invitadas las embajadas de Ejutla de Crespo (por el Valle de Oaxaca), Teotitlán del Camino (por la Cañada), Yalalag (por la Sierra Juárez) y el Istmo (por el Istmo de Tehuantepec). Cuatro serían las regiones que estarían presentes ejecutando sus bailables en la Rotonda de la Azucena y las que, además, participarían en un programa de actos entre los que se contaba un baile en el Hotel Monte Albán, una audición extraordinaria de la Banda de Música del Estado y una serenata que ofrecerían diversas bandas de música que del interior de la entidad llegarían a la fiesta. A través de los periódicos locales se invitaba a la población a asistir a estos eventos<sup>39</sup>, donde la atracción principal eran los “auténticos”, los indígenas, los habitantes de

---

<sup>39</sup> Provincia, viernes 27 de julio de 1951.

ese mundo exótico y atrasado al que la Revolución Mexicana, para suerte de los urbanitas, aún no les había hecho justicia.

La presentación de las Embajadas en la Rotonda de la Azucena no decepcionó, a pesar de que el gobernador del Estado no estuvo presente en la fiesta y de que ésta se realizó, por primera ocasión, durante la mañana y no por la tarde como se acostumbraba<sup>40</sup>. Los imaginarios urbanos con respecto a los indios se reafirmaron al verlos en escena, pues cada color utilizado en el huipil, cada tocado llevado en la cabeza, cada tono del color de la piel, cada pie descalzo que ejecutaba sus bailes, cada gesto de la cara fue celebrado. Los indígenas desempeñaron el papel que les habían conferido y la fiesta, por ello mismo, fue calificada como extraordinaria<sup>41</sup>. Pero más allá de la reafirmación de imágenes diversas, hay que anotar que todo el espectáculo se convirtió en un rito de reafirmación del oaxaqueñismo, comenzando con la narración del origen del Lunes del Cerro, siguiendo con la presentación de cada una de las embajadas<sup>42</sup> y terminando con la interpretación, a cargo de la Banda de Música del Estado, del vals “Dios nunca Muere”, tenido como himno regional. Era un rito en el cual se presentaba, no sólo a los extranjeros sino a los mismos oaxaqueños, cuáles eran sus costumbres<sup>43</sup>. Era el inicio de la reconstrucción, no sólo de una fiesta, sino también de una identidad urbana que, parafraseando a Augé (1994:32), definía a un “nosotros” urbano a través de lo que no eran y que, probablemente, nunca habían sido. Las costumbres ajenas, entonces, fueron apropiadas

---

<sup>40</sup> La justificación que se dio para el cambio de horario fue porque de esta forma “los camarógrafos podrán aprovechar el mejor sol del día para captar las diferentes escenas” (Provincia, jueves 26 de julio de 1951).

<sup>41</sup> Provincia, martes 31 de julio de 1951.

<sup>42</sup> Ejutla presentó El Palomo y La Culebra, obsequiando con mezcal a las autoridades al término de sus bailes; Teotitlán del Camino presentó Flor de Piña y el Jarabe Huauteco; Yalalag ofreció el Jarabe Yalalteco; mientras que Salina Cruz, Tehuantepec, Ixtaltepec, Juchitán, Ixtepec y El Espinal ofrecieron el son Tortuga, La Sandunga y La Llorona, para finalizar con la “Tirada de fruta”.

<sup>43</sup> Como parte de la fiesta de ese año se realizó en la Escuela de Bellas Artes una Exposición de Artículos Regionales y se propuso un Concurso de Bandas de Música, que no pudo llevarse a cabo por la lluvia; en ella participarían los conjuntos de Zacatepec, Mixes; San Antonino Ocotlán, San Lorenzo Cacaotepec, Macuilxóchitl, Teotitlán del Valle, Amatengo, San Miguel Ejutla, San Martín de los Cansecos, San Jerónimo Tlacoahuaya y San Andrés Zautla.

y con ello la fiesta, organizada desde el poder político y económico representado en el Comité Pro Fiestas Tradicionales de Oaxaca, comenzaba a adquirir caracteres nunca antes imaginados:

*No cerramos esta crónica sin hacer notar el esfuerzo meritorio de nuestras autoridades por presentar a propios y extraños cómo es Oaxaca y cómo conserva aún sus tradiciones impolutas<sup>44</sup>.*

### **3. LOS AÑOS 50, LA CONSOLIDACIÓN DEL MODELO**

El período comprendido entre 1953 y 1959 significa la consolidación del modelo de celebración de la fiesta oaxaqueña. Si bien en 1952, algunas crónicas indicaban la existencia de conflictos derivados por la "mixtificación" que habían sufrido los Lunes del Cerro, y que podrían considerarse como un ejemplo de las discordancias que algunos oaxaqueños tuvieron con la implantación de una nueva forma de celebrarlos<sup>45</sup>, en los siguientes años el modelo en sí no será cuestionado, ya que a la par de los esfuerzos realizados para mejorar su organización, se fue creando o reinventando una serie de discursos que legitimaron el modelo mismo. Estos años, por tanto, son importantes, pues en ellos se sientan las bases sobre las que posteriormente girará la fiesta de los urbanitas y, también, su propia representación. Es por ello que en este período observamos cómo sobre un eje articulador se van adecuando nuevos elementos, que al término de él serán concebidos como una unidad, como un conjunto de costumbres y tradiciones consideradas como propias que no sólo definen a una fiesta sino también a una ciudad y a sus habitantes. Las celebraciones principales quedaron ubicadas de manera definitiva por la mañana, mientras que las que se realizaban por la tarde, básicamente la romería por las faldas del cerro, fueron cayendo paulatinamente en debacle.

El proceso de consolidación de esta nueva forma de realizar la fiesta puede observarse a través de la forma en que la totalidad de las

---

<sup>44</sup> Provincia, martes 31 de julio de 1951.

<sup>45</sup> El Chapulín, jueves 24 de julio de 1952.

regiones del estado llegó a estar representada por algún contingente en la fiesta de los Lunes del Cerro. Este proceso tarda tan sólo seis años, pero es altamente significativo, porque por medio de él se puede analizar quiénes llegaban al cerro y qué ejecutaban, ya que la presencia constante de algunos de los grupos que asistieron desde estos años los hará convertirse, después, en imprescindibles para la fiesta. Así, en 1953 cuatro fueron las regiones representadas en el primer Lunes del Cerro: Sola de Vega, por la Costa; Tlacolula de Matamoros y Ejutla de Crespo, por el Valle; Santo Domingo Tehuantepec, por el Istmo, mientras que la Mixteca fue representada por un grupo de bailarines locales. Para la Octava de ese mismo año se contaron nuevamente dos delegaciones llegadas del interior del estado, Yalalag, por la Sierra Juárez; Tlacolula de Matamoros por el Valle, mientras que la Mixteca y la Costa tuvieron como representantes a los mismos bailarines locales que una semana anterior habían participado<sup>46</sup>. A pesar de que no todos los que participaron en las celebraciones de este año fueron indígenas, las crónicas periodísticas las calificaron de “bellísimo festival de colorido y belleza”<sup>47</sup>. El siguiente año siguió con la misma tendencia de presentar conjuntos autóctonos y grupos folklóricos en la Rotonda de la Azucena; en el primer lunes participaron San Jerónimo Tlacoahuaya, Ejutla de Crespo y San Antonino Castillo Velasco, por el Valle; El Espinal, por el Istmo; Sola de Vega volvió a representar a la Costa; Villa Alta, a la Sierra Juárez; Huajuapán de León, a la Mixteca, además de un grupo denominado “Los Negritos”. Para la Octava, repitieron San Antonino Castillo Velasco, Ejutla de Crespo, El Espinal y Huajuapán de León, es decir, sólo estuvieron tres regiones, pues la Sierra Juárez estuvo representada por un grupo folklórico, cuyas ejecuciones fueron consideradas más auténticas, debido a que “las damitas que ejecutaron este baile son oriundas de Yalalag, considerándose así más fielmente

---

<sup>46</sup> En el caso de la Mixteca, completaba la delegación Cipriano Villa, oriundo de esa región y uno de los artífices del Jarabe Mixteco, que era el que se ejecutaba en la Rotonda de la Azucena.

<sup>47</sup> El Imparcial, martes 21 de julio de 1953.

ejecutado<sup>48</sup>. En este año comienza a ser cuestionada la participación de los grupos folklóricos, pues precisamente su inserción en la fiesta en nada se diferenciaba del modelo anterior a 1951, cuando estos bailes eran ejecutados por escolares. Eran presentaciones camufladas como auténticas, lo cual iba, para algunos, en detrimento del nuevo auge que comenzaba a tener la festividad:

*Llamamos la atención del Departamento de Turismo del Estado que debe cuidar que no se haga aparecer como personas oriundas de las regiones a personas que no lo son, pues ello desmerece en la presentación del número, ya que por mucho deseo de los participantes no es posible la presentación fiel de tal o cual número si no se trata de personas de la región representada<sup>49</sup>.*

De esta forma, en 1955 la casi totalidad de los grupos folklóricos de la ciudad fueron suprimidos de los Lunes del Cerro, y en contrapartida se invitaron a otras localidades para participar en la fiesta oaxaqueña. En este año se presentó por primera ocasión San Juan Lachao, del distrito de Juquila, por la Costa. Pero a pesar de que el gobernador del Estado pidió a las delegaciones que estuvieran presentes en la fiesta del siguiente año<sup>50</sup>, en 1956 la Octava sólo contó con la asistencia de la Sierra Juárez, representada por Yalalag, y de los Valles, con los grupos de Ejutla de Crespo y San Antonino Ocotlán<sup>51</sup>. El año de 1957 no corrió con mejor suerte, sino que tan sólo estuvieron presentes en el cerro delegaciones procedentes de cuatro regiones del estado, resaltando la inclusión, por primera ocasión, de los grupos de Juchitán de Zaragoza, de Pinotepa Nacional y una delegación de Chinas oaxaqueñas. A pesar de que la representación de todas las regiones seguía estando aún incompleta, la fiesta de Oaxaca adquiría cada vez más mayor resonancia y ya era calificada como única en la República

---

<sup>48</sup> El Imparcial, martes 27 de julio de 1954.

<sup>49</sup> El Imparcial, martes 20 de julio de 1954.

<sup>50</sup> El Imparcial, martes 2 de agosto de 1955.

<sup>51</sup> En el primer Lunes estuvieron presentes las delegaciones que participaron el año anterior, representando a cinco regiones del estado. Para la Octava, el programa incluía la presentación de Tlacolula de Matamoros, pero la crónica sólo indica la asistencia, por parte del Valle, de las delegaciones arriba mencionadas.

mexicana "por la autenticidad de sus danzas"<sup>52</sup>. El incremento en el turismo nacional e internacional parece ser una de las razones por la cual los organizadores de los Lunes del Cerro intentaron que las siete regiones estuvieran presentes en la edición de 1958; para los oaxaqueños, la presencia de extranjeros era además un signo de que su ciudad comenzaba a ser visualizada de manera específica dentro de contextos más amplios, gracias a una fiesta que "por su variedad, su significación, la vistosidad de trajes, su música autóctona (...) identifica de manera especial nuestra tierra, ante cualquier otra"<sup>53</sup>. Las delegaciones que actuaron por vez primera en el cerro fueron las de los zapotecos de Betaza, y los mixes de Ocotepéc y Tamazulapán (por la Sierra), la de Zimatlán (por el Valle), y la de Tuxtepec (por la región del mismo nombre). Con ellas quedaba conformado un programa que incluía a las siete regiones del estado. A partir de ese año, ninguna de ellas quedaría fuera de la fiesta.

Sin embargo, no sólo en la forma en que se fueron sumando las delegaciones participantes es posible observar los cambios experimentados en este período. También pueden ser vistos a través de los bailables ejecutados en el cerro, ya que cada una de las delegaciones participantes fue estructurando con el paso del tiempo su propia presentación, dependiendo en muchas ocasiones de la aceptación que ésta tenía por parte de los asistentes a la fiesta, básicamente de los ciudadanos, que con sus críticas a las delegaciones iban definiendo aquello que alguien llamó "la pintura viva de nuestras costumbres y tradiciones"<sup>54</sup>. En esta década se perfilan como indispensables de la fiesta la Danza de la Pluma, el Jarabe Mixteco de Huajuapán; Flor de Piña, de Tuxtepec; el Jarabe del Valle, ejecutado por las Chinas; El Palomo y La Culebra, junto con los versos picantes, de Ejutla de Crespo; la boda o fandango, de San Antonino Castillo Velasco; los jarabes de

---

<sup>52</sup> El Imparcial, martes 23 de julio de 1957.

<sup>53</sup> El Imparcial, martes 22 de julio de 1958. Lo contenido entre paréntesis es nuestro.

<sup>54</sup> El Imparcial, lunes 27 de julio de 1953.

Yalalag y Betaza; La Sandunga, La Llorona y La Tortuga, del Istmo de Tehuantepec, y las chilenas de la Costa. Este conjunto de bailes era el representativo de la fiesta, aunque es difícil saber qué tan representativo era de las regiones de donde procedían. Algunos de ellos, al parecer, no lo eran, pues en los casos del Jarabe Mixteco y de Flor de Piña de Tuxtepec, éstos habían sido creados en años recientes, sobre todo el último, que fue producto de la imaginación de una profesora a instancias del presidente municipal del lugar, y que era ejecutado por las hijas de los comerciantes de Tuxtepec que en pocos casos se identificaban como indígenas<sup>55</sup>.

El orden en que las delegaciones se presentaban en el Fortín fue otro de los cambios que tuvo la fiesta. Para los años de 1953 a 1957 al parecer no se llevaba algún orden, ya que es posible observar que los grupos del Valle, por ejemplo, estaban intercalados a lo largo de todo el tiempo que durara la fiesta. Es decir, no se presentaban como bloque o conjunto de delegaciones del Valle sino que éstas se encontraban dispersas a lo largo del evento<sup>56</sup>. Esto se solucionó a partir de 1958, con la elaboración de un programa que definía el orden de presentación. De aquí en adelante cada grupo ejecutaría sus bailables únicamente dentro de la región a la cual perteneciera. Se suprimía, asimismo, la participación de cancioneros regionales, y en 1959 se anexó la exhibición del Cántaro de Coyotepec, como introducción, y la interpretación del himno regional "Dios nunca Muere", al final de la fiesta. Para estas fechas, la entrada de algunas delegaciones comenzó a ser acompañada de algunos temas musicales, como en el caso de la región de la Cañada, que se hacía presente en la Rotonda de la Azucena bajo los acordes de "Tortolita Cantadora". En esta reorganización del programa participó de manera decidida la Asociación Folklórica Oaxaqueña, un órgano surgido en la década de los años cincuenta y compuesto por intelectuales locales,

---

<sup>55</sup> En el capítulo siete abundaremos un poco más sobre estos bailables.

<sup>56</sup> El orden que se siguió en el primer Lunes del Cerro de 1957 fue el siguiente: Danza de la Pluma, Chinas oaxaqueñas (Valle), Huautla de Jiménez (Cañada), San Antonino Castillo Velasco, Teotitlán del Valle (Valle), El Espinal (Istmo), Huajuapán de León (Mixteca), Canciones regionales, Ejutla de Crespo (Valle).

estudiosos del folklore, cuya participación fue definitiva para darle un empuje más a las celebraciones del Cerro.

Pero entre los cambios que se suceden en este tiempo, uno de ellos será fundamental. De Lunes del Cerro la fiesta comienza a ser llamada Guelaguetza. Si bien en 1956 ya se utilizaba esta palabra en el programa de actividades, no será sino hasta 1959 cuando en los periódicos se denominará de esta forma al conjunto de bailes que presentaban las delegaciones procedentes de las regiones, en el cerro del Fortín. Varias han sido las versiones sobre el cambio de nombre de la fiesta. Algunos intelectuales locales afirman que ésta fue una invención por parte de una periodista local, que así la comenzó a llamar<sup>57</sup>; otros afirman que la palabra ya se usaba desde la época de los años treinta, mientras que la Secretaría de Turismo consigna que se comenzó a llamar de esta forma por la costumbre de las delegaciones asistentes de repartir entre el público productos típicos de su región. Sea como fuere, el caso es que el nombre fue aceptado, ya que en los años siguientes se utilizaban de manera sinonímica los términos Lunes del Cerro y Guelaguetza; no obstante, en sentido estricto, ambos conceptos son diferentes, puesto que el segundo de ellos hace referencia a una costumbre que realizan los pueblos indígenas zapotecos, que consiste en dar para poder esperar, a su debido tiempo, la reciprocidad de quien recibe (Acevedo, 1997:362)<sup>58</sup>.

Si bien el período de 1953 a 1959 es de cambios sustanciales, también lo es de reacomodos en la festividad. Como se expuso, se había primado el espectáculo por encima de la romería, de tal forma que las actividades de la mañana lograron desplazar en importancia a las de la tarde. En estos años, aún se buscaba la forma de imprimirle vistosidad a la Tarde Popular Oaxaqueña, como lo indica el hecho de que se programaran diversos bailables para esos horarios, o bien, que algunas

---

<sup>57</sup> Información proporcionada por Informante 2; Oaxaca, octubre de 2001. Véase anexo 8,1 para su identificación.

<sup>58</sup> Un análisis más detenido sobre el concepto "guelaguetza", tanto en sus vertientes de práctica indígena zapoteca y de fiesta urbana, será realizado en el capítulo siete.



delegaciones asistieran al cerro para repetir su presentación<sup>59</sup>. También se llevaron a cabo otros espectáculos, como La Danza del Sacrificio, que era una conmemoración del sacrificio prehispánico a Centéotl, en el que tomaron parte algunas de las escuelas de la ciudad<sup>60</sup>. Asimismo, los concursos volvieron a estar presentes, como los organizados en 1956 con premios al mejor traje regional llevado con propiedad, y para el conjunto de cancioneros e intérpretes de canciones regionales. En la tarde no faltaron los palos ensebados ni la presencia de la Banda de Música del Estado<sup>61</sup>, mucho menos los puestos de frutas, nieve o comida; además de que, en ocasiones, se realizaron bailes populares. Sin embargo, la tarde oaxaqueña, la romería tradicional, había perdido el lucimiento que décadas atrás llegó a tener.

A fines de este período es posible observar que la así llamada Guelaguetza comenzaba a tener mayor impacto a nivel nacional, como lo demuestran las diversas personalidades que llegaron como invitados para presenciar los bailables. Hasta 1958 habían asistido a ella funcionarios de segundo y tercer nivel del gobierno federal, pero en 1959 asistió como invitada por el gobierno estatal, para presidir las fiestas, la Sra. Eva Sámano, esposa del entonces Presidente de la República, Adolfo López Mateos. En la Guelaguetza ofrecida a la Primera Dama del país participaron 14 delegaciones<sup>62</sup>, entre ellas la de Xagacía (Sierra) y Pochutla (Costa), que acudían por primera vez al cerro<sup>63</sup>. Era la primera ocasión que una personalidad importante de la vida política del país estaba en la fiesta de los oaxaqueños y eso significaba su reconocimiento público a nivel nacional. Pero esta presencia también evidenciaba, a nivel interno, la vinculación de la festividad con la política local. La nueva forma de celebración surgió precisamente de las esferas de poder. Fue la misma cúpula política la que la impulsó y, por eso mismo, fiesta y poder

---

<sup>59</sup> El Imparcial, martes 26 de julio de 1955.

<sup>60</sup> El Imparcial, martes 27 de julio de 1954.

<sup>61</sup> El Imparcial, martes 31 de julio de 1956.

<sup>62</sup> El Imparcial, lunes 20 de julio de 1959. Eva Sámano estuvo presidiendo la Guelaguetza los siguientes dos años. En 1962 se hizo acompañar de la Princesa Irene de Holanda.

<sup>63</sup> El Imparcial, martes 21 de julio de 1959.

político estaban íntimamente vinculados. Así se comprenden, por ejemplo, frases como la afirmación de que las delegaciones que acudían al cerro lo hacían para “testimoniar su amor y su cariño a nuestras tradiciones, calificando así la unidad del pueblo oaxaqueño hacia su mandatario (y) respaldando su gobierno...”<sup>64</sup>; o bien, el hecho de que Catarino Iriarte, el cantador de la delegación de Ejutla de Crespo, haya dejado de asistir algunos años “por ser leal partidario del General Henríquez”<sup>65</sup>. La Guelaguetza había nacido del poder político, por lo que no estaría exenta de sus influencias y sería utilizada cuantas veces fuese necesario, para quedar bien con políticos. Ejemplo de ello son los versos que un diputado costeño, integrante de la delegación de esa región, le dedicó al gobernador en el Cerro:

*La delegación costeña  
viene aquí con gran honor,  
para ofrecer sus respetos  
al señor Gobernador...  
... Una cosa se olvidaba  
y lo teníamos pendiente  
de saludar con afecto  
a nuestro buen Presidente.  
Y al final ya del fandango  
va programada La Vaca,  
dedicada con cariño,  
a nuestro pueblo, Oaxaca<sup>66</sup>.*

Por último, no queremos terminar de reseñar este período sin recordar que el modelo implantado en los Lunes del Cerro a partir de 1951 gira en torno a una idea de "autenticidad", concebida desde el principio no solamente como la exhibición de las costumbres y tradiciones indígenas realizada por los mismos pueblos autóctonos sino, básicamente, como la exhibición de aquello que en el imaginario urbano se concebía que eran las costumbres y tradiciones indígenas. De esta forma, la fiesta era un vehículo a través del cual se reafirmaba un

---

<sup>64</sup> El Imparcial, martes 23 de julio de 1957. Lo contenido entre paréntesis es nuestro.

<sup>65</sup> El Imparcial, martes 22 de julio de 1958.

<sup>66</sup> El Imparcial, miércoles 30 de julio de 1958.

conjunto de categorías que permitía a los urbanitas indicar quién era y quién no era indígena y si lo que llegaban a presentar era o no auténtico. Las ideas preconcebidas, la base sobre la que se asentaba este particular modo de clasificar a la población no fue exclusiva de la ciudad de Oaxaca; tampoco nació en este período que estamos reseñando ni tuvo su origen en las primeras décadas del siglo XX sino que fue producto de la sedimentación de una enorme cantidad de interacciones humanas, que fueron asumidas por los demás, consideradas como anónimas posteriormente y convertidas en hábitos después, ya que nadie las reproducía mediante un proceso intencional sino que era aquello ya adquirido, lo inmediato, lo no cuestionado, la expresión de prejuicios bien asentados. Lo que se hizo a partir de los años cincuenta fue sólo evidenciar, a través de la celebración de una fiesta, aquello que ya estaba dado de antemano, ese mundo del sentido común que permitía a unos y otros conducirse en la vida social. Por eso, esta fiesta era una celebración urbana, porque a pesar de que los indígenas se convirtieron en los actores principales de ella, su participación respondía a las exigencias de un imaginario local. Tal fue el caso de la Danza de la Pluma presentada por grupos llegados del Valle de Oaxaca. En 1951 se había solicitado que se cuidara la autenticidad del vestuario; en 1954 se repitió la petición, aunque en términos más enérgicos<sup>67</sup>:

*...el día de ayer que tuve la oportunidad de presenciarlos, junto con una inmensidad de espectadores y una mayoría de turistas nacionales y extranjeros, qué desilusión tan grande sufrí; su vestido no corresponde a su origen y cuyas faltas pueden ser perdonables, degenera en lo vulgar de los danzantes mixtificadores; pero el colmo, los señores danzantes de la Pluma, junto con Moctezuma, la Malinche y la Cihuapilli, bailaron un SON ISTMEÑO, parecido a "La Sandunga" y esto en presencia del jefe o del organizador del festival; como comprenderás, esto ni como medida publicitaria para acrecentar el turismo encaja, ya que en una fiesta como la que conmemoramos, de las completamente autóctonas como lo es la del*

---

<sup>67</sup> Esta queja propiciaría que las delegaciones procedentes del Valle de Oaxaca dejaran de ejecutar en el cerro la Danza de Pluma. Su presentación fue asignada a los alumnos del internado General "Ignacio Mejía" (hasta 1962) y, posteriormente, al Grupo Folklórico de la UABJO, que la presentó en el cerro hasta 1980, aunque con algunas salvedades, como ocurrió en 1970 y 1971, en que la ejecutaron grupos del Valle.

*“Lunes del Cerro” con su octava, desempeñando o ejecutando dicha danza es una aberración<sup>68</sup>.*

Estas quejas son el reflejo de esos imaginarios, de ese conjunto de ideas que sobre una sociedad se posee y que toman forma en momentos específicos del devenir, cuando se confrontan con los hechos y éstos no logran encuadrarse en ellos. Estas ideas sobre la “autenticidad” y su exigencia estuvieron presentes en el nacimiento del nuevo modelo de celebración de la fiesta y por ello mismo la acompañarán durante todo su recorrido.

#### **4. DE LA MÁXIMA FIESTA DE LOS OAXAQUEÑOS AL “ESPECTÁCULO FOLKLÓRICO MÁS IMPORTANTE DE AMÉRICA”**

La aceptación del nuevo modelo, por parte de los oaxaqueños, fue tan sólo el inicio de la consolidación de la Guelaguetza. Las décadas siguientes dan cuenta de lo anterior y en cada una de ellas se observan las preocupaciones principales que giran en torno a esta festividad. Así, los años sesenta son los de la búsqueda por proyectar la fiesta más allá de Oaxaca y de México, con vista a la mayor captación de turistas; en los años setenta la fiesta se organiza fundamentalmente como espectáculo; los años ochenta son los de la búsqueda de la autenticidad, mientras que los noventa son aquellos en los que se defiende a ultranza “lo nuestro” y se negocia la participación de nuevas delegaciones. Todo forma parte de un largo proceso en el que están involucrados todos los oaxaqueños.

##### *4.1. LAS DÉCADAS 60 Y 70*

La consolidación del modelo sienta las bases sobre las que girarán las adecuaciones que sufrirá la fiesta a lo largo de su historia; en ellas está precisamente la incorporación o no de nuevas delegaciones y la aceptación o rechazo que obtenga su actuación en el cerro del Fortín. Es necesario indicar que los grupos que participaban en la fiesta eran expresamente invitados para ello por el gobierno del Estado; no se

---

<sup>68</sup> El Imparcial, martes 20 de julio de 1954. Las mayúsculas están así empleadas en el original.

invitaba a todos los municipios, ni siquiera a los más importantes ni tampoco a una representación de cada grupo étnico, sino que en muchas ocasiones la invitación se hacía a las autoridades locales de aquellas localidades que habían asistido en años anteriores y cuya participación había sido bien recibida por los urbanitas. De esta forma, la presencia de algunas de ellas se fue convirtiendo en necesaria dentro de la fiesta, a tal grado que en los siguientes veinte años poca variación tuvo el programa de la Guelaguetza<sup>69</sup>. Ahora bien, en las regiones, la organización de cada grupo quedaba a cargo de una persona, designada por las autoridades locales (casi siempre la misma en cada año), que era la que se encargaba de seleccionar lo que se iba a presentar en Oaxaca, y que venía al frente de su delegación. Cipriano Villa, de Huajuapán de León, por ejemplo, organizaba la delegación de la Mixteca; Catarino Iriarte, a la de Ejutla de Crespo; Matilde Aguilar, a la de San Antonino Castillo Velasco, y Genoveva Medina a las Chinas oaxaqueñas. Sin embargo, hay que indicar que la representación de las regiones nunca fue realizada por un solo grupo, sino que -desde los años cincuenta- se había vuelto costumbre que ésta recayera en más de uno. Yalalag, San Melchor Betaza, Teococuilco de Marcos Pérez y Xagacía representaron a la Sierra Juárez en 1960; mientras que por el Valle lo hicieron San Antonino Castillo Velasco, Ejutla de Crespo, las Chinas oaxaqueñas, además del grupo del internado Ignacio Mejía que ejecutaba la Danza de la Pluma. A partir de 1960, Juchitán de Zaragoza y Santo Domingo Tehuantepec comenzaron a alternar en la fiesta; es decir, si una delegación se presentaba el primer lunes, la otra lo haría en la Octava; años más tarde, este mismo modelo se aplicaría a las delegaciones de San Pedro Pochutla y Pinotepa Nacional, y algunas más de otras regiones. Con esto se buscaba, por un lado, no hacer excesivo el tiempo de estancia del público en la Rotonda de la Azucena y, por otro, lograr calmar rivalidades intraregionales.

---

<sup>69</sup> Yalalag, Betaza, Tuxtepec, Huautla, Pochutla, Pinotepa, Huajuapán de León, Tehuantepec, Juchitán, San Antonino Castillo Velasco, Ejutla de Crespo y las Chinas oaxaqueñas fueron las delegaciones que a partir de estos años participaron de manera ininterrumpida en cada edición de la fiesta de los Lunes del Cerro.

La representación de las regiones quedaba limitada a determinados grupos, que en la mayoría de los casos no eran representativos de la totalidad étnica que en esas regiones habitaba; pero eso no importaba mucho, puesto que ésta era la fiesta de los estereotipos y, por tanto, cada región quedó ubicada en uno específico. Por ejemplo, la Cañada estaba representada por los mazatecos de Huautla de Jiménez; la Sierra Juárez, por los zapotecos serranos y, posteriormente, por los mixes; mientras que el Istmo de Tehuantepec, por los zapotecos istmeños<sup>70</sup>. No obstante, la participación de estos grupos no siempre fue la misma sino que comenzaron a variar los bailables y danzas presentados en el Fortín, ofreciendo "números enteramente originales, independientemente de los que ya conocemos"<sup>71</sup>. Estas delegaciones, junto con sus bailables, se convirtieron en el núcleo de las representaciones, sobre las cuales giraría la posterior incorporación de otros grupos, algunos de los cuales no tuvieron mucho éxito, como es el caso de los huaves de San Mateo del Mar, que en 1971 presentaron la Danza de los Malinches; o el de los negros de Estancia Grande, que participaron, en ese mismo año, con el baile de La Artesa<sup>72</sup>. Para estos años, la Guelaguetza ya no sólo era la fiesta de los oaxaqueños sino, también, su carta de presentación, tanto a nivel nacional como internacional, por lo que aquello que se presentaba en el cerro debía mantener ciertos lineamientos que respetaran la imagen que la ciudad quería ofrecer; por eso, se debía cuidar de no presentarla como pobre, decadente y atrasada, entre otras cosas; quien lo hiciera quedaría excluido de la fiesta, como aconteció con los huaves, los chontales de Huamelula y los zapotecos de Chihuitán:

---

<sup>70</sup> En la región de la Cañada habitan los grupos etnolingüísticos mazateco, cuicateco, en mayor proporción, además de que es posible encontrar poblaciones nahuas y mixtecas. En la región del Istmo de Tehuantepec habitan huaves, zoques, chontales, mixes y zapotecos; en tanto que en la región de la Sierra se encuentran los mixes y los zapotecos serranos, principalmente.

<sup>71</sup> El Imparcial, lunes 15 de julio de 1973.

<sup>72</sup> Otras delegaciones que participaron en la festividad fueron Silacayoapan (Mixteca), en 1960; Salina Cruz (Istmo), 1961; amuzgos y tacuates (Costa), en 1964.

*La Octava del Lunes del Cerro dio oportunidad de conocer algunas nuevas danzas y sones como son La Malinche, Los Negritos y algunas más, ofreciendo un triste aspecto su indumentaria, pues más que despertar entusiasmo, inspiraron lástima por su pobre condición. Si se insiste en que vengan nuevamente, es conveniente dotar a estos grupos de vestuario adecuado. Enteramente igual en el estilo, pero presentable, para no escuchar tan cáusticos comentarios de muchos espectadores.*

*Los jarabes de la Sierra y otros puntos, son típicos, calzón, camisa y huaraches pero limpios y nadie comenta con desagrado su actuación, por el contrario se llevan la mejor impresión de haber conocido tipos auténticos con el vestuario de su tierra de origen<sup>73</sup>.*

Sin embargo, otros grupos sí tuvieron mejor suerte, como es el caso de San Pedro Ixcatlán, que se presentó en 1961 y que seguiría asistiendo ocasionalmente. Otro ejemplo es Putla de Guerrero, que se presentó fuera de programa en 1964<sup>74</sup>; o también, Juxtlahuaca, que lo hizo en 1969, interpretando una "auténtica" y "original" danza triqui<sup>75</sup> y que al año siguiente ejecutó los bailables Los Rubios y La Cordillera<sup>76</sup>. En 1969, los mixes llegaron al cerro, quedando integrados, a partir de esa fecha, a la fiesta oaxaqueña<sup>77</sup>. Lo mismo aconteció con San Pablo Macuilianguis (Sierra) que bailó, en 1971, el Torito Serrano. Todas estas delegaciones presentaban algo "típico" y "original", y es por eso, por el reclamo insistente de manifestar lo propio, lo único, lo que no existía en otro sitio, que los oaxaqueños sentenciarían la presentación de algunos bailables, pidiendo en ocasiones que los pueblos que los presentaban como suyos lo dejaran de hacer, como aconteció con Teococuilco de Marcos Pérez, que desde 1959 acudía al cerro, donde había ejecutado su Danza de la Botella. Doce años más tarde, sería cuestionada su originalidad.

*Es conveniente que la delegación de Teococuilco cambie su llamada Danza la Botella, porque no es original de ese lugar. A principios de*

---

<sup>73</sup> El Imparcial, jueves 29 de julio de 1971.

<sup>74</sup> El Imparcial, martes 28 de julio de 1964.

<sup>75</sup> El Imparcial, martes 22 de julio de 1969.

<sup>76</sup> El Imparcial, lunes 20 de julio de 1970.

<sup>77</sup> Los mixes, sin embargo, ya se habían presentado en 1958 y 1959, con las delegaciones de Ocotepc y Tamazulapan; sin embargo, dejaron de acudir al cerro (al menos en las crónicas no consta su presencia en la fiesta), volviendo a presentarse en 1969.

*siglo, dicha tonada, diversión o como se le quiera llamar menos danza, se usaba en los bailes de los barrios de esta ciudad. Era común que en los jolgorios, como se llamaba a los bailecitos de vecindad, a los que más tarde se calificó como “Borchinchos”, se intercalara este acto. Se comenta de igual manera, que así como se usaba aquí se conocía en otra entidad del país. Recurriendo a conocido investigador se ha llegado a la conclusión que el referido llamado baile La Botella no es de Teococuilco, por lo que es mejor no se presente... La Sierra tiene muchos sones auténticos, que echen mano de ellos, haciendo a un lado lo que no es del lugar...<sup>78</sup>*

En las peticiones de cambio de bailables subyace una búsqueda por la exhibición de aquello que se considera exclusivo del lugar, puesto que para los urbanitas eso era, precisamente, lo motivaba al turismo a visitar su ciudad en la fiestas de julio. Las costumbres oaxaqueñas eran consideradas puras y exclusivas, que no podían hallarse en ningún otro sitio que no fuera en Oaxaca. Los términos que acompañaban a la descripción de la Guelaguetza en las crónicas de esos años, como "los nativos conservan sus...", o "en Oaxaca se mantienen..." refieren a la idea del indígena como museo viviente, portador de costumbres arcaicas, posiblemente prehispánicas, que había mantenido inamovibles al paso del tiempo y que habían conformado el conjunto de tradiciones de los pueblos de Oaxaca, que se vendía al turismo<sup>79</sup>. Por eso mismo, los urbanitas se sentían con el

*...deber ir señalando lo que estimamos no anda bien, realizando hasta donde sea posible una depuración de nuestras costumbres y bailables para que cuando el turismo donde quiera presencie el espectáculo que se le ofrece, no diga que estamos plagiando y de ello, francamente, no tenemos necesidad<sup>80</sup>.*

Pero lo auténtico para los oaxaqueños no debía ser sinónimo de “salvaje”, puesto que lo que se presentaba en el cerro no eran las costumbres de “otros” sino las de “nosotros”, y ese *nosotros* buscaría la forma de ser exhibido públicamente lo mejor posible. De ahí que en

---

<sup>78</sup> El Imparcial, lunes 22 de julio de 1971. Años después, el mismo Jarabe de la Botella sería alabado por su autenticidad (Noticias, martes 28 de julio de 1992).

<sup>79</sup> El Imparcial, viernes 27 de julio de 1979.

<sup>80</sup> El Imparcial, lunes 22 de julio de 1971.



ocasiones encontremos fuertes críticas a algunos bailables, como aconteció en 1978, con la Danza del Guajolote, que fue calificada como una “salvajada” por un folclorista local, ya que en el transcurso de la misma se le despojaba al animal de algunas plumas; o bien, las recibidas por la danza mixe de Los Salvajes, que fue considerada como

*un número grotesco, absurdo que nada tiene qué hacer en esta fiesta tan hermosa, a pesar de que el salvaje mayor invitaba al fin de cada movimiento al público para que aplaudiera, fue recibido con desencanto y friamente. Desentona totalmente este macabro número en la fiesta de la Guelaguetza, que es cultura, que es arte, que es colorido y sentido musical... ¡bonita ... Guelaguetza!*<sup>81</sup>

Pero no sólo la participación de los grupos mencionados fue objeto de ajustes sino también el programa mismo que se presentaba en el Cerro. No obstante que estaba conformado casi siempre por las mismas delegaciones, se fue adecuando para pasar a ser, exclusivamente, un espectáculo. De esta forma, hasta 1963 seguiría abriendo la Guelaguetza la exhibición del Cántaro de Coyotepec, un elemento que significaba “la presencia de la raza fuerte, que tiene el color de ese barro”<sup>82</sup>. Seguían las regiones de la Sierra, Tuxtepec, la Cañada, la Costa, la Mixteca, el Istmo y los Valles Centrales, para terminar con la interpretación del vals “Dios nunca Muere”, el himno de los oaxaqueños. En 1964, el espectáculo inició con un convite, para dejar paso a las Chinas oaxaqueñas, que ejecutaron un jarabe<sup>83</sup>. La inclusión de esta delegación como la primera con la que inició la fiesta, fue para darle “el lugar que le corresponde a

---

<sup>81</sup> El Imparcial, sábado 28 de julio de 1979.

<sup>82</sup> Oaxaca Gráfico, martes 2 de agosto de 1960. (La exhibición del Cántaro de Coyotepec fue suprimida en 1964, pero a partir de 1970, los universitarios volvieron a presentarla).

<sup>83</sup> El Imparcial, martes 21 de julio de 1964. La crónica lo describe de esta manera: "en primer término apareció el convite con carrizos adornados con banderitas como se acostumbra en esta ciudad, para invitar a las festividades de nuestros barrios; dicho convite iba acompañado de su chirimía siguiendo detrás un grupo de chinas oaxaqueñas, llevando sus canastas enfloradas como las portan en nuestras típicas calendas, las que una vez que estuvieron en el tablado, bailaron alegre jarabe, mientras tanto se tiraron cohetes ‘catarinas’". La inclusión del convite en la Guelaguetza no se originó en este año, sino que anteriormente se había llevado a cabo algún intento, como en 1960, cuando se realizó al final de la participación de las regiones y como parte de la presentación de las Chinas oaxaqueñas (Oaxaca Gráfico, martes 26 de julio de 1960).

nuestra china oaxaqueña”<sup>84</sup>, a la vez que como delegación que representaba la ciudad, debía de dar la bienvenida a las demás que acudían a la fiesta. En general, la presentación de las regiones siguió el mismo orden que en años anteriores, aunque lo que cambió fue el final del programa, pues la Guelaguetza cerró en ese año (hasta 1968) con la marcha “Benito Juárez”, en lugar del "Dios nunca muere". A partir de ese año prácticamente se mantendrá sin modificaciones. A la par que se consolidaba un programa “base” para presentarse en la Rotonda de la Azucena, también se buscaba darle mayor agilidad, sobre todo en los años setenta, cuando la Guelaguetza pasó a ser más espectáculo con fines turísticos que presentación de costumbres y tradiciones indígenas. En estos años se pide un límite de tiempo para la presentación de las delegaciones que asisten, a fin de evitar que “lo que pudo ser grato para el público, se traduzca hasta en enfado”<sup>85</sup>. Esta solicitud será aceptada en 1973, cuando se intentó que el programa de la Guelaguetza fuera breve (tan sólo dos horas y media, en comparación a las más de cuatro que duraba anteriormente)<sup>86</sup>.

En el período que estamos reseñando, el programa general también sufrirá transformaciones; de una fiesta que sólo se llevaba a cabo dos lunes se pasará a una que durará más de una semana. Las causas de esto apuntan de nueva cuenta al turismo, pues el gobierno del Estado tenía como objetivo acrecentar el número de visitantes en la ciudad<sup>87</sup>. Durante la década de los años sesenta es posible observar intentos esporádicos por prolongar las fiestas de la ciudad con eventos adicionales. En 1960, por ejemplo, el Ayuntamiento de la ciudad organizó un partido de pelota mixteca<sup>88</sup>, que fue presidido por la Princesa Itandehui (un personaje de la historia mixteca) representada por una

---

<sup>84</sup> El Imparcial, martes 28 de julio de 1964.

<sup>85</sup> El Imparcial, viernes 10 de julio de 1970.

<sup>86</sup> El Imparcial, martes 3 de julio de 1973.

<sup>87</sup> El Imparcial, jueves 10 de julio de 1969.

<sup>88</sup> La pelota mixteca fue una actividad practicada por los mixtecos prehispánicos; en la actualidad es posible observar que sigue teniendo partidarios en diversas poblaciones de los estados de Oaxaca y Puebla. Los torneos de Pelota Mixteca continúan realizándose en el marco de las festividades de la Guelaguetza.

joven de la ciudad que estuvo acompañada por un séquito de mujeres “ataviadas con los vestidos que usaron los antepasados”<sup>89</sup>. Sin embargo, no será sino hasta 1969 cuando el programa general se prolongue con la incorporación de nuevas actividades, entre las que destacan el Bani Stui Gulal (“Repetición de la Antigüedad”), la elección de la Diosa Centéotl (a las que nos referiremos ampliamente en el siguiente capítulo), una calenda, por la tarde, recorriendo el trayecto del Cerro al Zócalo, y una fiesta oaxaqueña, denominada *Laan*<sup>90</sup>. Pero fue a fines de la década de 1970 cuando quedó institucionalizada una semana de festejos como parte de la Guelaguetza, en la que se incluían tanto actividades deportivas como culturales, entre estas últimas se encontraban obras de teatro, audiciones de bandas regionales, actuaciones de tríos y cancioneros, entre otros eventos, utilizando diversos espacios de la ciudad, como el atrio de la Catedral, la Alameda de León, la Casa de la Cultura, el Palacio de Gobierno o el atrio del templo del Carmen Alto. Al finalizar los años 70, la fiesta se extendía por la geografía urbana y dejaba de ser sólo un lunes y su octava<sup>91</sup>.

Muchos de los cambios aquí señalados, apuntan al turismo como la causa principal de ellos. En efecto, podríamos decir que en la década de los años 60 es cuando la industria turística en Oaxaca se acrecentó, producto principalmente del nuevo modelo de celebración de la fiesta de

---

<sup>89</sup> Oaxaca Gráfico, viernes 22 de julio de 1960. El personaje de la Princesa Itandehui tuvo una existencia efímera en las fiestas. Los periódicos no volvieron a mencionarla en los años posteriores.

<sup>90</sup> No nos hemos referido aquí a las actividades deportivas, que desde 1936 se comenzaron a realizar en las fiestas de los Lunes del Cerro y que fueron adquiriendo mayor importancia al paso de los años. Ese es uno de los conjuntos de actividades con más arraigo en la ciudad. Por cuestiones de tiempo y de intereses, durante el trabajo hemerográfico no transcribimos las notas deportivas de la fiesta. Consideramos que éstas merecen un sitio especial y confiamos en que posteriores estudios nos brinden la oportunidad de conocer el proceso histórico de las mismas.

<sup>91</sup> En 1976, la Casa de la Cultura comenzó con la presentación de bailables y costumbres indígenas. La propaganda realizada para que la gente acudiera a éstos era básicamente idéntica a la que se utilizaba en la Guelaguetza, es decir, se anunciaba la autenticidad y, además, se garantizaba que la gente podía comprobar "que esta costumbre será representada por gente autóctona, y a través de los tradicionales bailables que serán ejecutados dentro de este mosaico maravilloso de sones, jarabes y canciones" (El Imparcial, martes 20 de julio de 1976). En 1978, el Centro de Investigaciones Artísticas y Culturales, junto con el ayuntamiento, realizaron en la Alameda de León la Semana Cultural (El Imparcial, jueves 20 de julio de 1978).

los Lunes del Cerro. Al analizar el turismo en esta época son dos las vertientes en que podemos centrarnos, una es abordarlo desde la cuestión económica y la otra es ahondar en su influencia sobre las valoraciones de lo local hecho por los propios oaxaqueños. En primer término, no hay que olvidar que las transformaciones sufridas por la fiesta fueron precisamente provocadas por la situación económica de la ciudad, que veía en el turismo una fuente de recursos; por eso, en estos años mucho será lo que se escriba sobre el tema, resaltando aquellas notas que piden evitar abusos a los visitantes<sup>92</sup>; esta industria se convertía para Oaxaca en “la niña de sus ojos” y se haría todo lo posible por cuidarla:

*Conviene que la Delegación de Turismo en nuestra ciudad esté pendiente de que no se vaya a registrar abusos en los hoteles, restaurantes, expendios de artículos, etc., ya que de otra manera nos puede ocurrir lo que ha sucedido en otras partes del país de que por hacerse cobros excesivos, éstos procuran ya no volver nuevamente<sup>93</sup>.*

El turismo fue decisivo para otros cambios que se fueron sucediendo en la fiesta, como el que aconteció en 1964, cuando por primera ocasión, en vista del excesivo número de personas que asistía a la Guelaguetza, se repartieron boletos gratuitos para poder tener acceso a la Rotonda de la Azucena<sup>94</sup>. La sillería colocada alrededor del escenario fue reservada para los turistas, mientras que a las graderías naturales se envió a los oaxaqueños. Al año siguiente, los boletos ya no se repartieron

---

<sup>92</sup> Varios son los aspectos que constantemente serán señalados en estos veinte años, a fin de que mejoren para ofrecer un servicio de mayor calidad a los visitantes. Uno de ellos será el rubro de hospedaje. El déficit resultante de la demanda de habitaciones con respecto a la oferta buscó ser cubierto por medio de casas particulares que pudieran ofrecer las habitaciones que tuvieran disponibles. El necesario aumento de habitaciones de hotel será un reclamo presente en cada mes de julio, a tal grado de que en 1979, la Dirección de Turismo reconoció que “nadie quiere invertir en hoteles” (El Imparcial, sábado 14 de julio de 1979). Otro aspecto que se intentó cuidar fue el servicio en restaurantes, taxis y hoteles, a fin de evitar abusos.

<sup>93</sup> El Imparcial, lunes 23 de julio de 1962. Otra nota, aparecida 10 años después señalará que “debe entenderse que el turismo es una fuente de ingresos a Oaxaca y por lo tanto debe protegerse y brindarse las atenciones necesarias para en esta forma lograr su incremento y no llegar al caso de agotar estas corrientes que como en la actualidad, transforman a la entidad en todos sus aspectos” (El Imparcial, lunes 24 de julio de 1972).

<sup>94</sup> El Imparcial, domingo 26 de julio de 1964.

gratuitamente, sino que se vendieron los correspondientes a la sillería, mientras que el acceso a las gradas continuó gratuito, a fin de que la fiesta no perdiera “su sabor popular”<sup>95</sup>. Pero el Cerro del Fortín resultaba, a fin de cuentas, reducido ante el incremento de visitantes, por lo que diversas asociaciones se dedicaron a solicitar la ampliación del lugar o bien, la construcción de un nuevo estadio. A principios de los años sesenta se buscó, siempre en el cerro del Fortín, otro lugar que pudiera ofrecer mayor capacidad; incluso se iniciaron las obras de construcción, pero finalmente el proyecto se detuvo<sup>96</sup>. Por otro lado, la Asociación Folklórica Oaxaqueña presentó, en 1962, al Presidente de la República, Adolfo López Mateos, los planos de lo que sería un estadio que llevaría el nombre de *Rotonda de la Azucena*, “ofreciendo el primer magistrado hacerlo, pero no cumplió” (Rosas, 1975). La Asociación de Hoteleros, por su parte, manifestó su disposición a colaborar con el gobierno del Estado para que se realizara la ampliación de la Rotonda<sup>97</sup>. El nuevo escenario del Cerro del Fortín no quedaría listo sino hasta noviembre de 1974<sup>98</sup>, estrenándose en julio de 1975, y cambiaría el nombre que llevó durante más de cuarenta años, el de “Rotonda de la Azucena”, por el de “Auditorio Guelaguetza”<sup>99</sup>.

Es necesario decir que si bien el turismo importaba por la derrama económica que dejaba en la ciudad, también lo era en términos de la revalorización de lo local, ya que con su presencia se reafirmaba, ante los ojos de los oaxaqueños, la concepción de que su fiesta era única y auténtica<sup>100</sup>. De esta forma, a la par del incremento turístico que se dio en la ciudad para estas fechas, surgió también la necesidad de

---

<sup>95</sup> El Imparcial, jueves 15 de julio de 1965. En este año, el gobierno del Estado dispuso que fuera la Asociación de Hoteleros la que distribuyera los boletos entre los turistas, con anticipación de meses.

<sup>96</sup> Oaxaca Gráfico, miércoles 6 de julio de 1960.

<sup>97</sup> El Imparcial, martes 13 de julio de 1965.

<sup>98</sup> El Imparcial, domingo 24 de noviembre de 1974.

<sup>99</sup> La construcción del auditorio Guelaguetza fue el resultado de las gestiones realizadas por el entonces Secretario de Educación Pública y ex gobernador de Oaxaca, Víctor Bravo Ahuja, ante el Presidente Luis Echeverría Álvarez.

<sup>100</sup> El Imparcial, martes 20 de julio de 1976.

mantenerla “pura”, como evidencian los constantes reclamos para conservar la “autenticidad”, pues con ella se identifica una ciudad dentro del panorama nacional e internacional. Es por eso que la presentación cuidada de la Guelaguetza es a la vez una presentación pública de la imagen de la ciudad. Con la fiesta, paulatinamente, la ciudad se fue construyendo simbólicamente como un lugar de folklore, tradiciones y costumbres<sup>101</sup>:

*La Guelaguetza oaxaqueña se ha proyectado internacionalmente y hacen que Oaxaca sea conocido y admirado por muchos, que vienen atraídos por ese hermosísimo espectáculo que logra conmover hasta lo más profundo a quienes tienen la fortuna de admirarlo... Aun cuando la Guelaguetza es repetida año con año y hasta dos veces, los dos famosos Lunes del Cerro, no ha caído ni podrá caer en un espectáculo rutinario y monótono, aun cuando esencialmente los bailables sean casi los mismos: los que admiran la Guelaguetza no podrán caer en el fastidio, porque es algo que se renueva cada vez, ya que esa majestuosa y sublime manifestación de arte, de muchos pueblos unidos, no sólo por la circunstancia de pertenecer a un estado de la República, sino porque dentro de la múltiple diversidad de costumbres, lenguas y tradiciones se encuentra la unidad espiritual de un pueblo que busca su superación sin renegar jamás de su pasado auténtico y autóctono<sup>102</sup>.*

A través de la fiesta se presentaba un conjunto representativo de elementos que referían a una historia enaltecida de lo propio. Por eso, los urbanitas reinventaron su identidad, asumieron un pasado indígena que en muchos casos no les correspondía, lo mezclaron con elementos coloniales y, con ellos juntos, dieron contenido a su identidad de “oaxaqueños”, borrando momentáneamente las diferencias existentes por la ubicación geográfica y social que poseían en la urbe. La fiesta los unía; los cohesionaba para presentar una imagen lo mejor posible de su tierra y los impulsaba a “descubrir un nuevo horizonte sin hacernos renegar de

---

<sup>101</sup> La Guelaguetza comenzó en este período a ser la representación de Oaxaca en el exterior, como lo demuestra la presentación del espectáculo en otros lugares del país y de los Estados Unidos. Por ejemplo, en 1963, grupos folklóricos la presentaron en Durango y Mexicali; en 1968, en San Antonio California; en 1971, en Campeche; en 1975, en el Distrito Federal; en 1977, en Mazatlán, Durango, Tijuana y San Diego.

<sup>102</sup> El Imparcial, viernes 27 de julio de 1979.

un pasado glorioso”<sup>103</sup>. Por eso el turismo no sólo es importante por los aspectos económicos sino también por la influencia que tiene en la revalorización de lo propio, aunque esto “propio” muchas veces haya sido ajeno. En esta revaloración también jugaron un papel importante los visitantes especiales, invitados de honor para presidir la fiesta<sup>104</sup>, así como las promociones diversas que se dieron a nivel nacional, sobre todo por televisión, a través del Canal 2, del consorcio Televisa.

Al final de los años setenta nos encontramos con una fiesta que se ha convertido en la principal de la ciudad, tanto por los beneficios económicos que trae consigo, como por el hecho de que a su través se logran identificar los urbanitas. Si quisiéramos resumir en pocas palabras estas dos décadas tendríamos que los años sesenta fueron aquellos en los que la fiesta logró dotar de especificidad a una ciudad dentro del panorama nacional e internacional, mientras que los setenta fue la construcción de la fiesta como espectáculo dirigido al consumo turístico, una vez que ya no urgía darse a conocer, puesto que eso ya se había realizado. Muchas cosas hemos dejado pendientes, como por ejemplo, que en estos años comienza a idealizarse la participación de las delegaciones. Si bien ya están ubicadas dentro de estereotipos definidos, con base en sus atuendos y bailables, en estos veinte años se pasará a ver que todo lo que se presenta en el cerro, las tradiciones oaxaqueñas y las costumbres indígenas, son bellas y buenas. Belleza y bondad, así como la mención a otros valores, calificarán a la fiesta y, en consecuencia, a Oaxaca; por eso es común encontrar frases como “La Sierra Juárez hizo su aparición con la austeridad de sus atuendos y la

---

<sup>103</sup> Ibid.

<sup>104</sup> Entre los numerosos invitados que figuraron en este período se pueden mencionar a la Princesa Irene de Holanda (1961); las primeras damas Eva Sámano de López Mateos (1960 y 1961) y Carmen Romano de López Portillo (1977); la ex primera dama, Amalia Solórzano de Cárdenas (1967, 1969 y ss.); el Príncipe Rodolfo, de Italia (1969); el pintor oaxaqueño Rufino Tamayo (1970 y ss.); los gobernadores de Yucatán (1971) y Chihuahua (1972), así como secretarios de Turismo y de Educación, embajadores latinoamericanos y europeos, artistas de televisión y ex jefes de Estado, como el caso de Mohamed Reza Pahlevi, el ex Sha de Irán (1979).

ingenuidad de sus bailables”<sup>105</sup>, o que “la región de la Cañada, con sus huipiles cuajados de listones y flores trayendo el misterio de sus bosques y la dulzura en sus bailes...”<sup>106</sup>, o bien que “nuestro pueblo, cuyos habitantes interpretan en su baile y en sus cantos la forma fraternal de unidad que hay en ellos”<sup>107</sup>. En resumen, los años 60 y 70 son los de la paulatina construcción simbólica de una ciudad a través de su fiesta.

#### 4.2. *EL PERÍODO DE 1980 A 2001*

En las décadas de 1980 y 1990 son varias las modificaciones que se pueden observar en el programa de la Guelaguetza. Básicamente, las delegaciones que cada año estaban presentes se mantuvieron en la fiesta, aunque la asistencia de algunas de ellas no estuvo exenta de problemas<sup>108</sup>. No obstante, algunas que por primera vez se presentaron en este período pasaron a enriquecer la fiesta, ya que se siguieron presentando en los años siguientes, aunque de manera esporádica. Ejemplo de éstas son las de Santa María Tavehua (Sierra Juárez), que presentó en 1983 el baile de la Boda; Santos Reyes Nopala (Costa), con la Danza del Guajolote, en 1988; Tlaxiaco (Mixteca), en 1991; Villa de Tututepec de Melchor Ocampo, con el Fandango de Varitas (Costa), en 1994; Santa Catarina Juquila y sus chilenas (Costa), en 1995. Sin embargo, hubo otras que sólo estuvieron presentes en una ocasión, ya que no fueron bien recibidas en el cerro, debido a que la Guelaguetza había derivado en espectáculo y aquello que fuera tedioso o no ayudara para animar al público presente sería dejado a un lado<sup>109</sup>. Esto aconteció, por ejemplo, con la delegación de San Juan Yaé, de la Sierra Juárez, de la que se dijo que “no aporta(ba) nada digno de halago ni de admiración”<sup>110</sup>, o bien, con la participación de Santa María Zacatepec

---

<sup>105</sup> Oaxaca Gráfico, martes 2 de agosto de 1966.

<sup>106</sup> Oaxaca Gráfico, martes 23 de julio de 1968.

<sup>107</sup> El Imparcial, martes 29 de julio de 1975.

<sup>108</sup> A estos problemas y a la forma en que fueron resueltos nos ocuparemos en otro capítulo.

<sup>109</sup> Derivado de la concepción de la Guelaguetza como espectáculo fue el límite de tiempo que se impuso a las delegaciones en 1981; en tanto que en 1982 se limitó a 40 el número máximo de miembros de cada una de ellas.

<sup>110</sup> Noticias, martes 28 de julio de 1987. Lo contenido entre paréntesis es nuestro.



(Costa), cuya presentación de la danza El Combate de las Luces resultó desangelada<sup>111</sup>. San Juan Bautista Cuicatlán (Cañada), en 1988; Santa María Lachixío (Valle)<sup>112</sup>, en el mismo año, o Miahuatlán de Porfirio Díaz (Costa), en 1997, son otros ejemplos.

La presentación de algunas delegaciones fue precedida en ocasiones por el Grupo Folklórico Universitario, que desde los años sesenta presentaba en el cerro diversas danzas, producto de sus investigaciones folklóricas. En 1980, por ejemplo, presentó el San Palilú, que no fue bien recibido por los oaxaqueños<sup>113</sup>; no obstante lo anterior, en 1983 fue presentado nuevamente, pero en esta ocasión por San Antonio Huitepec. Las críticas no se hicieron esperar, pues se calificó el baile como “un descubrimiento ‘genial’ de algún desocupado”<sup>114</sup>. Aún así, se siguió presentando en el cerro hasta el año 2000, cuando se dijo que “no entusiasmó tanto”<sup>115</sup>. Otra de las participaciones controvertidas ha sido la de Juxtlahuaca, que desde 1970 había recibido críticas por el bailable de “Los Rubios”<sup>116</sup>, pero que se siguió presentando en el cerro. En 1983 y en 1987 volvió a ser fuertemente criticada, pues se dijo que “no aportan nada extraordinario ni enriquece el folklore oaxaqueño pues más bien parece un baile michoacano”<sup>117</sup>, mientras que en el 2001 su participación no mereció mayor comentario<sup>118</sup>. Una delegación más, que estuvo presente durante dos años (1998 y 1999) fue la Danza de los Negros de la Costa. Su aceptación en la fiesta fue producto de una imposición política, a la que se trató de legitimar con la evocación histórica a las “tres razas que habían conformado México”<sup>119</sup>.

---

<sup>111</sup> Información proporcionada por Informante 5, octubre de 2001. Véase anexo 8,1.

<sup>112</sup> La presentación de las delegaciones de Cuicatlán y Lachixío fue criticada porque “dejó mucho qué desear” (Noticias, martes 26 de julio de 1988).

<sup>113</sup> Noticias, martes 22 de julio de 1980.

<sup>114</sup> Noticias, martes 19 de julio de 1983.

<sup>115</sup> El Imparcial, martes 18 de julio de 2000.

<sup>116</sup> El Imparcial, martes 21 de julio de 1970.

<sup>117</sup> Noticias, martes 21 de julio de 1987.

<sup>118</sup> El Imparcial, martes 24 de julio de 2001.

<sup>119</sup> Noticias, sábado 24 de julio de 1999.

Los años ochenta son también del reencuentro con delegaciones que habían asistido a la fiesta en los años cincuenta, pero que después lo dejaron de hacer, debido a las críticas que en esas ocasiones mereció la ejecución de sus bailables. Tal es el caso de las llegadas de los Valles Centrales para presentar la Danza de la Pluma. A partir de la Octava de 1954, y con algunas pocas excepciones, los siguientes años esta danza fue presentada por los alumnos del internado Ignacio Mejía (hasta el año 1962), y por el Grupo Folklórico Universitario. La inclusión de nueva cuenta de delegaciones “autóctonas” no se debió, como pudiera pensarse en un inicio, a la exigencia de que la fiesta recobrarla la autenticidad perdida, sino que fue por otros motivos. A partir de los años sesenta, habían aparecido en el escenario urbano diversos grupos folklóricos; aparte del Universitario, se podía contar con el del Seguro Social y con el del Instituto Tecnológico Regional de Oaxaca (ITRO), entre otros; algunos de ellos estuvieron actuando en ocasiones en el cerro<sup>120</sup>, pero su participación había sido ya criticada; la única presencia aceptable era ejecutando la Danza de la Pluma, que el Grupo Folklórico Universitario presentaba desde 1962. Ante la insistencia de los diferentes grupos por tener participación en el cerro, los universitarios optaron por dejar en manos de las delegaciones del Valle la ejecución de la Danza de la Pluma, pues si ellos no estaban en el cerro, no estaría ningún otro grupo folklórico de la ciudad<sup>121</sup>. Es así como a partir de 1981 regresaron Villa de Zaachila (1981), Teotitlán del Valle (1981), Cuilapan de Guerrero (1982), San Jerónimo Tlacoahuaya (1982)<sup>122</sup>, además de presentarse por primera vez San Bartolo Coyotepec (1997) y Santa Ana del Valle (1988), ambas ejecutando también la Danza de la Pluma.

---

<sup>120</sup> Como el caso del representante del ITRO, que en 1980 sustituyó a la delegación de Pinotepa Nacional (Noticias, martes 29 de julio de 1980).

<sup>121</sup> Información proporcionada por Informante 6; Oaxaca, diciembre de 2001.

<sup>122</sup> La participación de estos grupos en 1981 hizo extrañar "la danza comercial que ejecutan los grupos folklóricos estudiantiles" (Noticias, martes 21 de julio de 1981). Un año después se les criticaría por bailarla "en su versión comercial" (Noticias, 20 de julio de 1982) y en 1983, se indicará que los danzantes "no se midieron. Hicieron lo mismo que hacían los del Grupo Folklórico de la UABJO cuando lo interpretaban, sólo que invirtiendo los movimientos" (Noticias, martes 19 de julio de 1983).

El programa general de festejos continuó en expansión durante estos años, pues se agregaron nuevas actividades que, aparentemente, llegaron para quedarse. Así, en 1983 se presentó por primera vez “Donaji, la Leyenda”, un espectáculo que rememora la historia de la princesa zapoteca, cuya efigie, desde el siglo XIX, ostenta el escudo de la ciudad. Fue representada solamente el primer lunes y su Octava, por la noche, y con esto, también, se cumplió a las voces que reclamaban actividades por las tardes. En 1988, se volvió a realizar una calenda, que, a partir de ese año, se llevaría a cabo los sábados anteriores a los Lunes del Cerro. En esta actividad, también llamada Desfile de Delegaciones, tomarían parte aquellos grupos que el siguiente lunes estarían en el cerro ejecutando sus bailables. Sin embargo, la Guelaguetza ya no se reducía a los dos lunes, sino que se había convertido en una semana de festejos y en un tiempo, también, para el oaxaqueñismo, ya que en estos días se exhibían aquellos elementos considerados como emblemáticos del lugar. De esta forma, la comida, los dulces, las artesanías, las bebidas y otros productos regionales fueron exhibidos como parte de lo “propio”. En 1986 se realizó la Primera Muestra del Dulce Oaxaqueño; en 1993, la Expo Guelaguetza, un escaparate de productos de Oaxaca; en 1995, la Exposición del Vestido; mientras que en 1997, se llevó a cabo la Feria del Mezcal<sup>123</sup>.

Pero si bien es la exhibición del oaxaqueñismo en todas sus vertientes posibles (artes plásticas, artesanías, gastronomía, folklore, música, etc.), este período reflejará también la falta de controles estrictos para evitar que las presentaciones en el Auditorio Guelaguetza sean espacio para el lucimiento de personas que ninguna vinculación tenían con lo indígena. Bailar en el cerro era ya un signo de prestigio, por eso varias personas, principalmente esposas de funcionarios estatales o de políticos de segundo nivel, buscaron su incorporación en alguna

---

<sup>123</sup> En 1982 se llevó a cabo la primera Biental Rufino Tamayo, un espacio para la exhibición de las artes plásticas; en 1986 se realizó la Muestra Artística, Artesanal y Gastronómica y en 1988, una muestra de Artes Plásticas.

delegación. En 1980, por ejemplo, fue criticada la participación de la esposa del Director de Turismo y relator de la Guelaguetza, Gustavo Pérez Jiménez, en la delegación de Huajuapán de León; lo mismo que la esposa de otro funcionario que bailó con la delegación de Pinotepa Nacional, a pesar de que ésta fue representada por el Grupo Folklórico del ITRO<sup>124</sup>. Al parecer, estas acciones se evitaron en los siguientes años, pero en 1990 se volvieron a realizar, ya que la popular actriz de telenovelas, Verónica Castro, se incorporó a la delegación de Tuxtepec<sup>125</sup>. Aún en el 2001 se pudo observar que a pesar de los intentos o discursos elaborados en pro de mantener una fiesta realizada por “auténticos”, ésta aún seguía bajo la influencia del poder político del cual había nacido, como refiere el hecho de que la hija del gobernador del Estado bailó como parte de la delegación de San Juan Bautista Tuxtepec<sup>126</sup>.

En estos años los oaxaqueños pedirán insistentemente que se respete la autenticidad de la Guelaguetza. Las críticas a las delegaciones por lo que consideran mixtificación o mezcla de costumbres no propias de la región se irá repitiendo cada año, lo mismo que las promesas de la Secretaría de Turismo por darle mayor autenticidad a la fiesta. Así, en 1983 la dependencia se propuso el objetivo de “recobrar para las fiestas del Lunes del Cerro la autenticidad, originalidad y representatividad que llevó a este evento a captar la admiración de propios y extraños”<sup>127</sup>; al parecer fue tan sólo un discurso, ya que las quejas continuaron en los años siguientes, como evidencia el hecho de que en 1993, el gobernador del Estado se comprometió a que en su sexenio se garantizaría la autenticidad de la Guelaguetza<sup>128</sup>. Pero ya para estas fechas, la autenticidad no era concebida solamente como un deber del gobierno estatal sino también de los oaxaqueños. Es en este sentido que diversos intelectuales opinaron sobre la fiesta, aportaron sus observaciones sobre

---

<sup>124</sup> Noticias, martes 29 de julio de 1980.

<sup>125</sup> Noticias, martes 31 de julio de 1990.

<sup>126</sup> Noticias, martes 24 de julio de 2001.

<sup>127</sup> Noticias, sábado 23 de julio de 1983.

<sup>128</sup> Noticias, martes 20 de julio de 1993.

los cambios que consideraban que se habían venido dando, criticaron la labor de las autoridades y propusieron diversas soluciones para evitar la pérdida de la autenticidad. En 1980, Andrés Henestrosa, escritor zapoteco, reconoció que a la fiesta “el tiempo le ha agregado cosas que no tenía en sus orígenes”<sup>129</sup>; Rufino Tamayo, el más importante pintor oaxaqueño, en 1981 pidió que no sean mixtificadas las raíces oaxaqueñas expuestas en la fiesta<sup>130</sup>; en 1982, el historiador local José María Bradomín recriminó que “la esencia de la Guelaguetza se ha trastocado y con ello, las costumbres y tradiciones de los oaxaqueños han pasado a ser mera cosa especulativa”<sup>131</sup>; mientras que en 1983, otro historiador local, Luis Castañeda Guzmán, solicitó a la Casa de la Cultura, así como a las universidades oaxaqueñas “fomentar la investigación y difusión de nuestras tradiciones y costumbres, a fin de lograr su preservación y depuración”<sup>132</sup>. Las voces se dejaron oír pidiendo que gente autorizada y expertos asesoraran al gobierno del Estado, como lo hizo el escritor Juan José Arreola, solicitando la existencia de comités de defensa de las tradiciones folklóricas<sup>133</sup>. Una década después los intelectuales seguirían hablando de la falta de autenticidad en la Guelaguetza; Castañeda acusaría la invención de bailables y “hasta trajes regionales”<sup>134</sup>; la Iglesia reconocería que las danzas “se han sofisticado. Algunas ya no son originales, autóctonas, como en las mismas comunidades”<sup>135</sup>; todo esto a pesar de que a finales del sexenio del gobernador Heladio Ramírez (1986-1992) se creó el Comité de Autenticidad, formado por miembros de la Asociación Folklórica Oaxaqueña, que inicialmente fue considerado como un órgano de consulta para cuidar que las delegaciones que se presentaran en el cerro mantuvieran los rasgos originales<sup>136</sup>, aunque algunos intelectuales solicitaron que se convirtiera en un órgano calificado para “vetar aquello

---

<sup>129</sup> Noticias, martes 29 de julio de 1980.

<sup>130</sup> Noticias, martes 21 de julio de 1981.

<sup>131</sup> Noticias, sábado 17 de julio de 1982.

<sup>132</sup> Noticias, lunes 18 de julio de 1983.

<sup>133</sup> Noticias, martes 22 de julio de 1980.

<sup>134</sup> Noticias, martes 14 de julio de 1992.

<sup>135</sup> Noticias, miércoles 15 de julio de 1992.

<sup>136</sup> De este comité y sus funciones nos referiremos en el capítulo siete.

que transgreda el contenido original de la fiesta” (Yescas, 1988). Las páginas de los periódicos locales están llenas, en los meses de julio de este período, de reclamos, exigencias, peticiones, ruegos y súplicas porque la fiesta recobre su vertiente auténtica. Son años en que los oaxaqueños van en busca de la autenticidad perdida, si es que acaso ésta alguna vez existió.

La reseña de esta etapa necesariamente debe hacer mención al cambio de calificativos que recibe la fiesta. En estos años es cuando pasa de ser considerada la fiesta más importante de Oaxaca a ser calificada como el espectáculo folklórico más importante de América Latina. La fiesta había nacido en la urbe y le había otorgado especificidad a su lugar de origen. En los años sesenta se consolidó como la más importante no sólo de la ciudad sino del estado; en los setenta, en Oaxaca se decía que era la más importante del país, por la autenticidad de sus bailes; en los ochenta se va del país al continente y en los noventa, del continente al mundo. Es un proceso en el que se puede observar la importancia que para los oaxaqueños ha tenido el modelo de celebración implantado en 1951, que fue aceptado primero en la ciudad y después fuera de ella. En estas calificaciones también han jugado un papel importante, de nueva cuenta, el turismo y los invitados que han llegado a presidir la máxima fiesta de los oaxaqueños. En estos años, nuevamente están presentes políticos, actores, artistas y embajadores; sin embargo, en 1993 a la Guelaguëtza asistieron por primera vez dos jefes de Estado en funciones y una premio Nóbel, Carlos Salinas de Gortari, los Reyes de España y Rigoberta Menchú Tun; quizá sin pretenderlo, con su presencia reforzaron aún más la importancia que la fiesta tenía para los oaxaqueños. En los años siguientes llegarán de nuevo secretarios de Estado y el Presidente Ernesto Zedillo Ponce de León, pero para entonces la fiesta ya había adquirido dimensiones que, posiblemente, los miembros del ahora extinto Comité Pro Fiestas Tradicionales de Oaxaca nunca se imaginaron que llegaría a tener.

\* \* \* \* \*

Realizar una reconstrucción exhaustiva de la historia de la festividad es una tarea difícil, principalmente porque en ella está presente la subjetividad del investigador que califica, de acuerdo a sus propios intereses y perspectivas, los sucesos pasados. Por eso mismo, la historia aquí presentada no ha sido la sucesión de acontecimientos sino más bien la elaboración de un discurso, creado bajo intereses específicos. Hemos buscado conocer cuáles son los principales procesos por los que transita la fiesta a lo largo de setenta años<sup>137</sup>, analizando los principales cambios que va experimentando; acercándonos al nuevo modelo de realización y, en este último, observando cuáles son las delegaciones que participan en el cerro del Fortín, el incremento del turismo que llega a Oaxaca, las modificaciones que sufren los programas y señalando los elementos que se agregan o suprimen. A través de todos ellos nos vamos acercando al conocimiento de la forma en que una ciudad se ha ido construyendo simbólicamente, es decir, a la manera como se ha elaborado su propia representación por cuyo medio ha logrado ser identificada y diferenciada no sólo en el contexto de ciudades regionales sino también nacionales e internacionales. A través de ella, los urbanitas dan forma a sus representaciones colectivas y con ellas reinventan su ciudad y la convierten en una tierra “de la memoria fecunda”, en una tierra “con herencias bien adquiridas”<sup>138</sup>.

---

<sup>137</sup> El anexo 5,1 ofrece un cuadro que contiene, año tras año desde 1932, la relación de acontecimientos principales sucedidos en la festividad. Algunos de ellos han sido mencionados en este texto, aunque muchos otros no.

<sup>138</sup> El Imparcial, martes 27 de julio de 1999.